

colorchecker CLASSIC

x-rite

R. 2243 FD 1187

93 (729.1)
IBA

Revista Técnica de Infantería y Caballo

HÉROES DE LA MANIGUA

SANZ PASTOR * SANTOCILDES

El batallón de San Quintín

POR

JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL CORREO MILITAR»
Calle de Santa Brígida, núm. 4, bajo.

1895

211

Revista Técnica de Infantería y Caballería.

HÉROES DE LA MANIGUA



SANZ PASTOR

SANTOCILDES

EL BATALLÓN DE SAN QUINTÍN

POR

JOSÉ IBÁÑEZ MARIN



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL CORREO MILITAR»
Calle de Santa Brígida, núm. 4, bajo.

1895

972.91
IBA

R. 2243

FD 1187

Revista Técnica de Infantería y Caballería

HÉROES DE LA MANIGUA

SANZ PASTOR * SANTOCILDES

El batallón de San Quintín

POR

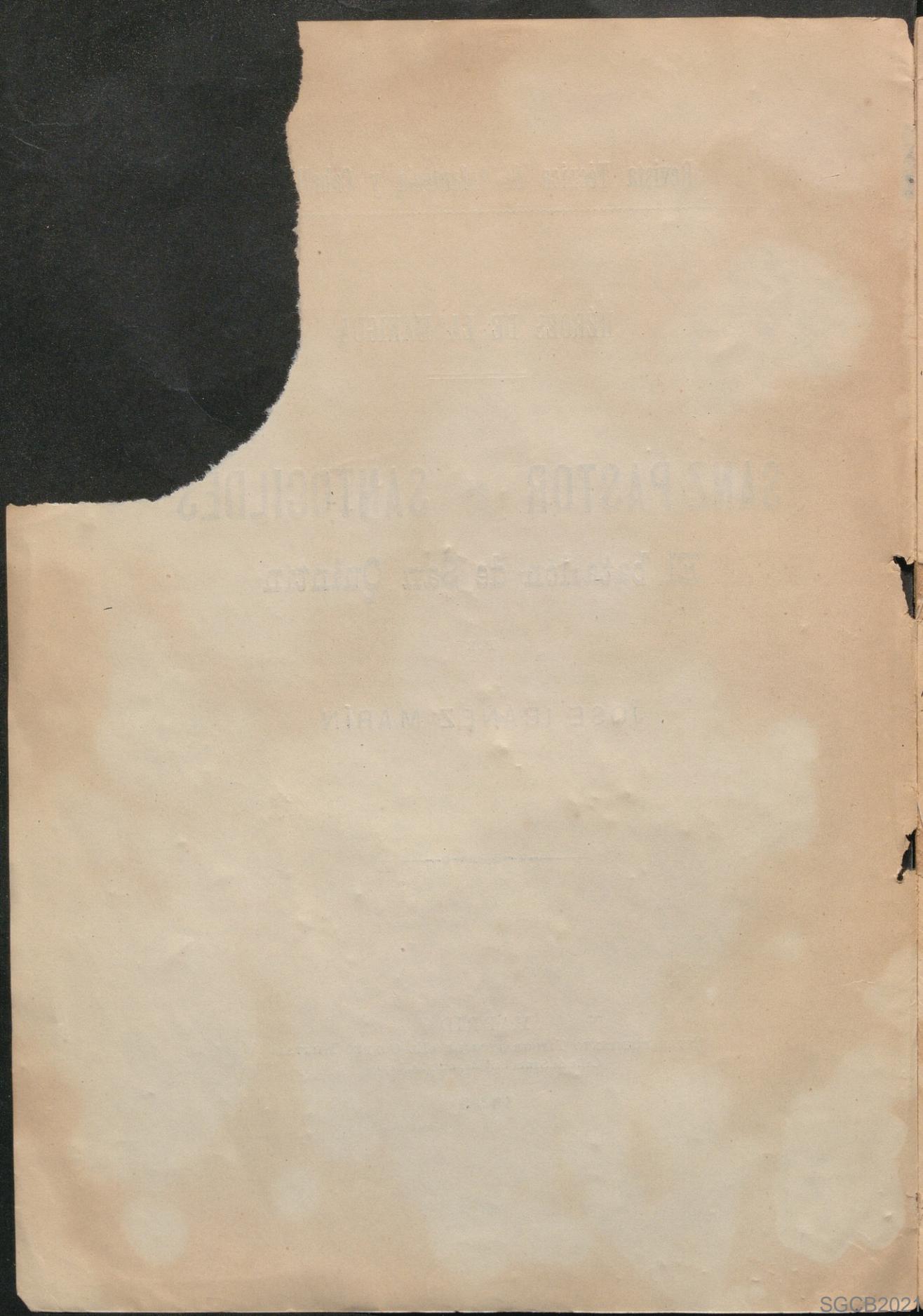
JOSÉ IBÁÑEZ MARÍN



MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE «EL CORREO MILITAR»
Calle de Santa Brígida, núm. 4, bajo.

1895



PRÓLOGO

VELADA EN HONOR DE SANZ PASTOR

DISCURSO DE D. FEDERICO DE MADARIAGA ⁽¹⁾

A los que saben cuán estrechos lazos de amistad y de cariño me unían al malogrado general Sanz Pastor, de quien tuve la honra de ser ayudante, no habrá de parecerles extraño que, á duras penas, encuentre yo la manera de hacer proferir á mis labios palabras que revelen el profundo dolor que ahora me domina.

Quizá recordéis que al inaugurar las conferencias del curso anterior ya eché de menos su retrato en la Galería de Presidentes de este *Centro*, pues que él, como es sabido, dirigió con gran entusiasmo y celo la comisión organizadora de la Sociedad en que nos hallamos. ¡Quién me había de decir, quién nos había de decir á todos que al finalizar el propio curso celebraríamos esta triste velada, para lamentar la desaparición eterna del militar prestigioso que, aún en la flor de la vida, podía prestar á la Patria los grandes servicios que brotaban de sus cualidades, como brotan las hojas de los árboles y del inagotable manantial las aguas cristalinas!

(1) Después de haber consagrado esta REVISTA un tributo de admiración al general Esponda, continúa con Sanz Pastor y con Santocildes la galería de los héroes que ilustraron sus nombres en las recientes campañas, singularmente en la de Cuba. Para dar principio al relato de los hechos militares del último de los citados, nada nos ha parecido tan oportuno como trasladar á estas columnas el discurso que el Sr. Madariaga pronunció en el Centro del Ejército y de la Armada con motivo de la velada celebrada en dicha sociedad la noche del 9 de Octubre de 1893 en honor del malogrado Sanz Pastor.

¡Ya no existe, no, aquel insigne soldado de la moderna Infantería española que había heredado los rasgos característicos de los gloriosos soldados de la vieja Infantería, que asombró al mundo con sus hazañas y dominó á Europa con sus tercios inmortales!

No existe... y el hueco que deja en los altos cuadros del Ejército lo llenará ¡quién lo duda! fácil y dignamente el precepto legal á virtud del cual se cubra su vacante; pero aquel sobrehumano esfuerzo que siempre estaba dispuesto á realizar su indomable espíritu; aquella extraordinaria y prodigiosa energía que fulminaba como el rayo entre el fragor de la tormenta; aquel ímpetu nativo que le arrastraba á los peligros con la exaltación del enamorado y el delirio calenturiento de la pasión contrariada, para conservarse luego, dentro de las crisis más terribles, inmutable y frío como una estatua razonadora, todo eso (dicho sea sin ánimo de herir susceptibilidades ni atentar á otros méritos), todo eso, armonía dichosa de cualidades contradictorias ¡ahl, vosotros lo sabéis, ya no es tan fácil que surja al mágico conjuro de una firma, aunque la mano que la trace obedezca, por ley providencial, á inspiraciones casi divinas.

No; soldados como Sanz Pastor no nacen todos los días, ni aun en esta tierra que los produce tan fibrosos, tenaces y corajudos. Por su filiación genial conservaba, sin mezclas ni atenuaciones, todos los caracteres de nuestra raza en su vigor y pureza primitivos. Había en él algo del hondero balear, cantado por Ovidio, y del fiero almogávar de la Reconquista, mantenido por aguas y por hierbas, y tanto tenía del templario de Balduino, como del osado aventurero del Nuevo Mundo; del inmovible coselete de Flandes, como del audaz guerrillero de Mina.

Las empresas temerarias, propias de la leyenda; las cosas extraordinarias y rimadas de la guerra; el verso suelto de los peligros, se avenían mejor con su carácter, algo romancesco, que el solemne aparato de las campañas á grandes masas, hijas de estos tiempos prosaicos y científicos, en los que si la iniciativa se ha acrecentado abajo, es lo cierto que lo ha sido antes como recurso de maquinaria, como ventaja de preceptiva, que como desarrollo del elemento artístico, emocional y caballeresco que debe residir en el alma de todo Ejército.

Sostenerse con terquedad en los lodazales del Garellano...; conservar el Milanésado, como Leiva...; ir, como Hernán Cortés, á la conquista

de Méjico...; pasar el Rhin, como Mondragón...; apostarse en la duna de Dunquerque, con arena hasta la rodilla, asfixiado por el calor, sin auxilios ni recursos para resistir las furiosas cargas de la Caballería inglesa...; morir, como Menacho, en las murallas de Badajoz...; reconquistar Venezuela, como Monteverde...; defenderse durante meses enteros, como lo hizo Rodil en el Callao de Lima...: esas, esas eran las sublimes cosas que inquietaban su espíritu, y á que le lanzaban los ardimientos de su gran corazón. Pues qué, ¿el heroico suceso que le sacó del montón de las medianías para cubrirle de gloria, no tiene perspectivas y vislumbres de lo épico? ¿Qué más hubiera hecho en su caso Pizarro, ni á qué mayor altura podrían haber llegado en ocasión análoga el valor y la previsión de Farnesio? Lo que hay es que en estos días que corren adquieren mayor resonancia popular los hechos de los que divierten á las multitudes ó explotan la Patria, que las acciones brillantes que esmaltan una historia que nadie quiere leer. Seguro estoy de que muchos que sabían dónde fué depositado, cual reliquia sagrada, el aditamento simbólico de algún diestro famoso, no tuvieron noticia alguna del general Sanz Pastor *vivo* hasta que ha resultado un Sanz Pastor *muerto*. Hubiera sido, en vez de un gran soldado, un insaciable cacique político ó un afortunado y opulento contratista, y gozara en vida de todos los homenajes que sólo son debidos á los varones de nota...

Pero abandonando estos senderos de amargura, y volviendo al recuerdo de sus altas cualidades, perdidas para España, no creo demás consignar que sólo á ellas debió la elevada jerarquía en que la muerte le ha sorprendido.

Oficial sin más padrinzago que los centelleos de su espada, se abrió por esfuerzo propio el camino que rápidamente recorrió, regándolo con sangre generosa. En los sitios de mayor peligro siempre, logró distinguirse en los empleos subalternos y ceñir la faja muy joven, sin recomendaciones impacientes ni solicitudes inoportunas. En las situaciones difíciles adquiría proporciones de coloso, y el entusiasmo de su alma lo transmitía, de tal modo, á las tropas que, siendo en la conversación ordinaria hombre que no gozó jamás de las ventajas de una locución fácil, encontraba, en los trances supremos, el secreto de una elocuencia que ya la hubieran querido los clásicos para las arengas de sus héroes. Á este propósito, le oí decir á un caudillo ilustre, que quien no

había visto á Sanz Pastor erguido sobre su caballo, echando fuego por los ojos, blandiendo la espada, animando al soldado con voz de trueno, sereno é impetuoso á un tiempo mismo, no había visto á un verdadero hombre de guerra, hermoso en su arrogancia y en la marcial fiereza de su apostura.

Le dominaba el único fanatismo que, según Napoleón, produce virtudes: el fanatismo militar. Para él, pelear era todavía algo más, ¡qué algo más! mucho más que adelantarse al cumplimiento del deber.

Era ir al sacrificio con alardes de confianza y de alegría; adornarse con galas cual si tratara de una fiesta; enloquecer de gozo ante los riesgos; saborearlos con delicia embriagadora; no perder jamás la confianza en el éxito. El deber, de ese modo entendido, sentido así, fué siempre para él cosa extremada en su ejecución: ¡mientras quedaba un hombre, había ataque y defensa! ¡Mientras hubiera un cartucho, la victoria era suya! ¡Estando él de pie alentaba un ejército inmenso con poderío formidable!... ¡Que la resistencia era infecunda! ¡No importa! No se debe caer hasta el momento de morir, y caer abrazado á la bandera, gritando: ¡viva España! en el postrer aliento, como último tributo al honor y á la Patria.

¡Qué grandiosa figura la suya, allá sobre las lomas americanas, en aquellas noches trágicas y sangrientas, tan admirablemente descritas hace poco por el señor Burell, cuando diezmada su gente, tras rudos combates en que se probó la constancia y el tesón de Santocildes y los que le seguían, encerrado en un círculo de hierro, rodeado de cadáveres, con la calentura por todo alimento, solo, imponente, sublime, desafia al rabioso enemigo que le agobia y estrecha y, ¿cómo lo desafia? lanzándole al rostro, cual injuria suprema, el grito inmortal y patriótico que más debía de exasperarlo. ¿No es verdad que ni la musa de Shakespeare podría inventar nada tan terrible, ni el orgullo nacional pedir mayor arranque para satisfacerse? Pues así era aquel duro soldado y esa enjundia reveló en todos sus hechos.

Y no se crea por esto que perteneció á la categoría de los que rechazan todo otro elemento que no sea el valor, en la profesión de las armas. Nadie fué más entusiasta que él de los adelantos científicos y de la instrucción militar. Si alguna duda quedase de ello, bastaría recordar, entre otros datos, la parte activísima que tomó en la fundación de este Centro de propaganda.

Y en verdad, que así como sorprendía á muchos que hombre de sus arrestos resultase en la vida íntima afable, suave y hasta candoroso, desprendiéndose de su trato mansa fragancia de sencilla modestia, de igual manera extrañábanse esos otros que no conciben el claro obscuro, admirábanse, digo, de que militar tan avezado á las guerrillas proclamara á voz en cuello que no basta ya la bravura para vencer.

No se fijaban, sin embargo, en un punto esencial, y es que al hablar así el general Sanz Pastor, poseyendo como poesía una gran dosis de sentido común—detalle que ha solido faltar á muchos sabios del oficio y á pensadores del exterior—gustaba de que las cosas no salieran de sus límites naturales. Por eso, á pesar de su entusiasmo por todo lo que significaba cultura y progreso, no quería que el exceso de sentido matemático, digámoslo así, llevara á las tropas, en el momento de combatir, la convicción pesimista de que Dios protege á los malos cuando son más que los buenos; como tampoco quería que el sentido filosófico lo tomáramos á iguales dosis que los metafísicos ó los diplomáticos, verbigracia, ni que el sentido jurídico vistiera con traje de paisano á la disciplina, dando apariencias de carga concejil á la facultad del mando; ni que el sentido crematístico pretendiera inculcarnos su concepto dogmático de la riqueza, atribuyendo á la moneda un valor algo inferior á la vergüenza. Amaba la instrucción, sí, pero entendida de este modo y no como un debilitante del espíritu militar, sino como un enérgico reconstituyente, como un poderoso auxiliar de lo que de suyo es fogoso, espléndido y comunicativo.

Así pensaba aquel heróico soldado, cuya pérdida llora el Ejército entero, que fundaba en él legítimas esperanzas; pero más particularmente llorado en el arma de Infantería, de cuyas filas salió y á la que amaba con amor de hijo, de hijo que se enorgullecería de proceder de la que Napoleón llamó «escuela de guerra de los oficiales»; del arma que aquí en España tiene tradiciones inmortales y ha peleado en el Viejo y en el Nuevo Mundo, lo mismo entre las nieves de Rusia que bajo los calores tórridos del Africa, derramando torrentes de sangre en los pasados siglos por su grandeza y en el actual para su ventura y por su gloria.

Así pensaba y así era el ilustre general Sanz Pastor que, al morir, hace recordar aquellas poéticas palabras de los antiguos: «Jóvenes mueren los hombres á quienes los dioses quieren».

EL BATALLÓN DE SAN QUINTÍN

I

Por el tiempo mismo en que consagraba un recuerdo á la memoria del bravo y noblejudo Esponda, allegaba materiales para componer otra monografía de igual tendencia, destinada á refrescar la epopeya realizada por el batallón de San Quintín.

Destacábase por aquellos días del mes de Mayo la simpática figura de D. Fidel Alonso de Santocildes, coronel á la sazón del regimiento Infantería de Isabel la Católica, guerreando en el Departamento Oriental de Cuba contra los enemigos de España. El bravo soldado de la porfiada lucha separatista, aparecía nuevamente en el teatro de sus viejos triunfos, reverdeciendo con sus virtudes militares los laureles de mil combates y mereciendo por sus hechos bizarros el entorchado de general, premio rezagado y escaso para quien como él atesoraba en su historia tantos y tan altos servicios.

Sus últimas cartas, escritas desde el riñón de la manigua, destilaban amargura y pesimismo... «Bien ve usted cómo esto se complica...; cómo fuí profeta de estas desventuras...; cómo salió lo que todos veíamos, lo que le había dicho á usted en mis cartas de Diciembre y Enero... Miguel Primo de Rivera me ha dado un abrazo en su nombre y me ha dicho que tiene usted entre manos lo de San Ulpiano. Muchas gracias; esto me consuela, ya que al viejo coronel no le conceden un

recuerdo en la *Gaceta*. ¡Ah, mi ascenso, amigo Ibáñez, lo voy creyendo un mito! Seguiremos peleando, no obstante, y si esto acaba pronto, pediré mi retiro y me iré á mi lugar, tranquilo, pobre, pero honrado y con la cabeza bien alta...»

Poned aquí unas cuantas frases de más subido pesimismo, y luego agregad una despedida franca, ruda, vivaracha, del soldado y del amigo, y tendréis idea de los últimos pliegos que tuve el honor de recibir del heróico Santocildes. Después de su ascenso á general de brigada no volví á recibir carta suya.

¡Cuán lejos de mi ánimo la próxima muerte del sin par guerrillero!

Creíale yo invulnerable á la acción del plomo enemigo y á los estragos de la manigua cubana; considerábale ya como el continuador de la epopeya trazada por los Cassola, los Armiñán, los Esponda, los Sanz Pastor, en aquella rabiosa pelea de diez años, y me imaginaba verle remozado para el servicio de su Patria, apto y presto para el desempeño de elevados cargos, á los que estaba llamado por su temperamento heróico y por la hidalguía y lucidez de su espíritu... ¡Desventurada Patria que así ves sucumbir en lucha repugnante á tus hijos más nobles y beneméritos!

En el campo del honor ha muerto el que tantos ejemplos dió al soldado y tan gallardamente honró el uniforme militar. Digno remate de una vida austera y gloriosa, propia de quienes, como él, toman como emblema de su escudo aquel sencillo pensamiento de nuestro *Romancero*:

«Por su ley y por su Rey
y su tierra, está obligado
á morir cualquiera bueno,
y mejor si es hijodalgo.»

*
* *

Después de la solemnísimá velada celebrada en el Centro del Ejército y de la Armada en honor del general Sanz Pastor, y en la cual pronunció el teniente coronel Madariaga el discurso que sirve de proemio á estas cuartillas, concebí el proyecto de trazar en una monografía

la titánica retirada del batallón Cazadores de San Quintín núm. 11, durante los días 6, 7 y 8 de Febrero de 1878.

Por los relatos que oí á testigos y actores de aquella jornada y por los documentos y noticias que entonces pude allegar, comprendí que el combate de Aguas de Naranjo y la retirada de San Ulpiano, eran proezas guerreras dignas de aquellos tiempos hazañosos é increíbles de los tercios viejos de la Infantería española.

No puede darse más empuje en el pelear, mayor tesón en la resistencia, más ánimo y resolución en los trances supremos. Para hallar hechos semejantes, pese á la plétora de gloria de nuestra Infantería en todos los tiempos, hay que remontarse á los días famosos en que el peón de Castilla corría bravucón y gentil por el mundo «con un arcabuz mal hecho y una media viga por caja, roto el punto serpentina y el frasco hecho pedazos, y el que llevaba la pica, tuerta y sin hierros, corta y á veces rota; otras veces desarmados, que quien los viera no juzgaría que iban á ser soldados y servir á tan gran Señor y tan gran Rey, sino á labrar y cultivar las haciendas y posesiones de aquellos á quienes estos soldados han de defender y guardar...»

Hay que volver los ojos, sí, á aquellos tiempos venturosos para las armas españolas, cuando el soldado de la Infantería invencible, «ninguno más pobre en la misma pobreza», domeñaba á los pueblos más poderosos, lo mismo en mar que en tierra firme, igual en los bosques y arenas del trópico que en los terrenos movedizos de Flandes, donde á las veces, como dice Estrada de los combates en los diques del Escalda, «no sólo el lugar reducía á la necesidad de pelear como los gladiadores en estrecho palenque, sino el juramento de que había de ser aquel día el primero de la victoria ó el último de la vida».

El suceso de San Ulpiano, con todos sus incidentes varios, trae á la memoria aquel otro increíble de la isla de Bommel. (1) El soldado que

(1) Rendida la opulenta Amberes, las tropas de Alejandro Farnesio se diseminaron por varias villas y ciudades, yendo una buena parte de ellas á guarnecerse en la isla de Bommel, situada entre los brazos del Wahal y el Mosa.

El ejército católico había derrotado en Amerange á las fuerzas rebeldes mandadas por el conde de Meurs, Martín Schenk y el conde de Holack, y este caudillo, para resarcirse de tal descalabro, ideó una operación atrevidísima, que desarrolló con presteza admirable; es á saber: remontar el Mosa con un centenar de barcos de quilla chata, llegar á conveniente altura del río, romper los diques para que

allá entre las brumas del Wahal y los manglares del Mosa, da prueba tan briosa de su tesón y de su espíritu, es el generador del que en Río Naranjo y entre ciénagas y bosques, sabe asombrar á las gentes por su loco heroísmo. Tres siglos de intervalo; reveses y privaciones, nacidos más del Estado español y de sus torpezas, que de la evolución de la raza, no han reducido la energía del peón castellano, cuando tiene jefes que saben emular á los Bobadillas, Londoño, Céspedes, Leiva ó Mondragón, y cuando, justo es consignarlo, su estancia bajo

se inundase aquel terreno plano y bajo, y entonces, sin pérdida de momento, atacar resueltamente á los soldados de Felipe II. Eran éstos 5 000 españoles, veteranos y aguerridos, y tenían á su frente caudillo de hidalguía y experiencia, el Maestre de Campò Francisco de Bobadilla.

Apenas éste se dió cuenta de la proximidad del enemigo, dice nuestro historiador Barado, cuando vió toda la parte baja de la isla cubierta por las aguas, y tuvo, con gran trabajo y diligencia, que refugiar su gente en los parajes más elevados de la misma, ocupando él, con 3.000 soldados, la eminencia en que asienta la aldea de Emple. Desde allí contemplaron los campos inundados y las aguas surcadas por numerosos barcos enemigos; pero, atentos al ataque, fortificáronse de tal suerte, que Holack creyó más segura la presa, limitándose á esperar que el hambre les redujera. Cálculo engañoso; porque al intimar la rendición á Bobadilla, contestó con gran entereza éste: *«Los españoles han probado siempre, que prefieren la muerte á la deshonra, y no he de ser yo quien les señale otro camino»*.

La muerte era, en efecto, lo que esperaba á tan heroicos soldados; porque á los cinco días les faltaron por completo los víveres, las constantes lluvias aumentaron el nivel de las aguas, ni uno solo de los mensajeros que despacharon á Parma llegó á su destino, y Mansfeld y Águila, que desde Herpen y Bois-le-Duc habían intentado socorrerles, fueron rechazados por los rebeldes. Allí iban, pues, á morir sin gloria aquel puñado de hombres, á los que casi á un tiempo aniquilaban el hambre y el frío; y la seguridad que de su fin tenían era tal, que habían renunciado hasta la esperanza de intentar la salvación á través de las ondas. Resignados á la triste suerte, esperaban su hora postrera, cuando, al caer el día 8 de Diciembre, un recio vendaval rasga el tupido manto de celajes que cubría el firmamento, y sucediendo al temporal la calma, un agudísimo frío congela en pocas horas las aguas del río. Este inopinado accidente, que los soldados españoles atribuyeron á protección del cielo, cambió instantáneamente la situación, porque Holack, temeroso de que encallaran en el hielo sus bajeles, vióse obligado á retirarse á toda prisa por el Mosa, mientras los católicos corrían por la helada superficie en busca de provisiones, y despachaban á los puestos menos distantes nuevos emisarios. A los tres días llegó á Bommel el conde de Mansfeld, y después de haber auxiliado á aquellos héroes condujóles á Bois-le-Duc, donde no pocos fallecieron á consecuencia del frío y algunos quedaron horriblemente mutilados.

banderas no es tan efímera ni tan baldía como suele serlo en estos tiempos de presupuestos reducidos y de prácticas formulistas y ceremoniosas.

La dignidad individual y el profundo orgullo nativo á que achacaba el primer ministro de Felipe IV la superioridad del infante español sobre los de todas las naciones, brillan con luz clara y hermosa en aquellos días del 6, 7 y 8 de Febrero. Hay en el desarrollo de tales jornadas algo de lo que caracterizaba al soldado viejo de Flandes, del cual no desmerece seguramente el de San Ulpiano, habida consideración de épocas y de modos de constituir y formar las huestes militares.

Para echar del servicio, dice el Sr. Cánovas del Castillo hablando del soldado viejo de los inmortales tercios, á cualquiera de ellos, se necesitaba que fuese jugador, pendenciero, hombre, en suma, de muy malas costumbres; para pasarle *por las picas*, no se necesitaba, en cambio, más, sino que, hallándose en campo seis contra ciento, tomase uno de los seis la fuga, abandonando en el riesgo á sus camaradas. No eran las costumbres de la guerra en el siglo XVI para que, por excepción, pudieran picarse de muy humanos; pero pruebas hay de que, si en la codicia de los sacos, como los de Roma ó Amberes, igualaban á los peores, no era así en lo que toca á derramar sangre de vencidos, cosa en que particularmente se señalaban los alemanes. Por algo el almirante de Francia, Coligny, cuando vió los muros de San Quintín coronados por el ejército de Felipe II, buscó á los infantes españoles, según cuenta en sus *Memorias* él mismo, para entregarse á ellos, y no á los ingleses ó alemanes, contando con librar así la vida. Lloraban, por lo demás, de dolor los Maestres de Campo al tener que reformar ó disolver cualquiera de aquellas feroces familias militares, como cuando D. Sancho Martínez de Leyva castigó un tercio de Flandes, diciéndole á su alférez: «Ea, batid la bandera y plegadla, pues ya de agora nunca irá delante del tercio viejo». Lloraban también los encanecidos soldados á sus capitanes, cual si fueran padres, cuando á su frente caían, como al Condestable de Borbón le lloraron al pie del muro transtiberino de Roma. Y eso que no les era absolutamente indispensable tener capitanes señalados por el Rey, porque en cualquier necesidad, cada cual sabía serlo ó buscárselo...

Tal retrato, hecho por quien tan maestro es en la materia, transcribese aquí para patentizar de qué modo, el soldado viejo de hoy, hábil

y férreamente mandado, sabe reproducir los altos merecimientos del peón inimitable de la décimasexta centuria.

Pronto hemos de entrar en materia; mas antes, séanos lícito exponer una reflexión amarga tocante al mal empleo que de tan soberbias cualidades se ha hecho siempre por el Estado español, en los flujos y reflujos de nuestro poderío.

La escasez de fuerza, genuinamente española, fué gran parte en la pérdida de nuestra supremacía militar. Ni en Flandes, ni en Italia, aun en los días de nuestras más brillantes victorias, llegaron á verse reunidos arriba de ocho mil soldados castellanos.

Este grave mal de todas nuestras conquistas y dominación al través de los siglos, reprodujose en las luchas sostenidas en Italia por la casa de Borbón, y muy singularmente en las guerras de la América Continental, (1) en las que llega á un punto verdaderamente asombroso.

Por la constitución y organización que en el día tienen los ejérci-

(1) «Á fines de Septiembre (1824) las tropas reales de ambos ejércitos se hallaban reunidas sobre la derecha del Apurimac ó sus inmediaciones, ocupando las de Bolívar la izquierda. La fuerza de una y otra parte era entonces, próximamente, igual. El enemigo abrió la campaña con 11.000 hombres, de los que conservaba aún 9 000; el ejército de V. M. contaba con 6.000 del Norte, incluso los del Cuzco, y 3.000 que yo llevé del Sur; pero en esta fuerza había la diferencia de que los enemigos eran como extranjeros, hallándose el que menos á 600 leguas de su casa y muchos á más de 1.500, siendo una porción de soldados y muchos de los cuadros, de los que hicieron la guerra contra la expedición del general Morillo, y no pocos de los mismos que le pertenieron, pareciendo por esto el ejército de Bolívar más bien el Ejército español que el del virrey, que no tenía en sus filas más de 500 europeos, de soldado á jefe, siendo todos los demás prisioneros hechos al enemigo en las batallas anteriores, ó reclutas del país, por lo que era preciso tenerlos encerrados hasta el acto de batirse, para que no se desertasen, sirviéndoles de vigilantes los oficiales y los pocos soldados, cabos y sargentos europeos que aún se conservaban. Esto parecerá increíble, Señor, pero no por eso deja de ser una verdad evidente, la cual, sola, inmortalizará á los jefes y oficiales que hicieron la guerra en el Perú, quienes, en número de pocas docenas, supieron sostenerse por el tiempo de cuatro años contra todas las fuerzas enemigas, que antes entretenían y por último batieron, á los ejércitos españoles de Costa Firme, Santa Fe, Quito, Chile, Buenos Aires y parte del mismo Perú, cuyo virreinato habían recibido en el año 21, ocupado casi en una mitad por los enemigos y próximo á perderse todo, como dejo probado en la primera parte.»

Exposición que dirige al Rey D. Fernando VII el mariscal de campo D. Jerónimo Valdés, sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú.

tos, no son posibles mezclas tales, y por ende, esa enfermedad no ha de padecerse fácilmente. Pero... los males propios del que «está atenido á la miseria de su paga, que viene tarde ó nunca, ó á lo que garbease con sus manos, con notable peligro de su vida y de su conciencia»; los peligros naturales de gentes que se suelen reparar de la inclemencia del cielo, estando en la campaña rasa, «con sólo el aliento de su boca», que, como sale de lugar vacío, tenía por averiguado el hidalgo manchego que debía salir frío contra toda naturaleza; las consecuencias fatales, en suma, que suelen derivarse de la tacañería en el Estado, del abandono en la formación de la hueste y del olvido de su economía y de su vida, cosas son que deben preocupar á los llamados á proveer y corregir. Cuanto más que los soldados de la cruenta guerra separatista tienen derecho á la duda y al recelo, recorriendo campañas y sucesos pasados...

*
* *

Para llevar á buen término mi propósito de narrar los hechos del 6, 7 y 8 de Febrero, realizados por el batallón Cazadores de San Quintín, acudí al jefe que por aquellos días lo mandaba, D. Fidel Alonso de Santocildes.

He aquí la carta en que contestaba á la petición de datos y noticias que sobre el suceso le tenía hecha:

REGIMIENTO INFANTERÍA

DE

Isabel la Católica n.º 75

—o—

CORONEL

—
PARTICULAR

«Habana 9 Octubre 1894

Sr. D. José Ibáñez Marín.

Mi distinguido y simpático amigo y compañero: Oportunamente recibí sus dos muy gratas y cariñosas del 28 de Agosto y 19 de Septiembre, dándole un millón de gracias y un *abrazo* por ellas, pues sin conocerme me honra sobremanera y me recuerda hechos de mi vida, para los cuales aún no había llegado la hora de que se consignaran con la amplitud y el detenimiento debidos.

Conozco á usted por referencias de compañeros, y sobre todo por sus escritos y su amor á nuestra Infantería. Todo ello me hace tener predilección hacia usted, porque yo también soy idólatra de mi patria y amador de las glorias de mi arma.

Esta carta quiero que la lleve mi amigo el capitán D. Benigno Cabrero (que marcha mañana para esa) y al que le recomiendo á usted como un oficial brillantísimo.

Me pide usted datos para escribir una monografía sobre los heroicos hechos del batallón de San Quintín en San Ulpiano. Y, ¿cómo no mandárselos, cuando tan honrado me veo con ello? ¿Cómo no agradecer á usted su noble propósito? ¡Ah! Después de muerto el bravo Sanz Pastor, yo debo ser, y sin duda alguna soy y seré, el más agradecido á usted por ese trabajo y por ese recuerdo, en el que podrá comprenderse cuánta fué la abnegación de la fuerza que mandábamos Sanz y yo.

Afortunadamente, nada he tenido que buscar en oficinas y archivos, todo lo tenía yo en mi casa, porque soy muy curioso y me ha gustado siempre coleccionar... Yo lo guardo todo, todo lo que se relaciona con mi vida militar. Por eso, desde que embarqué en Cádiz el 69, hasta que terminó la segunda campaña aquí el 80, hice y conservé siempre mis diarios de operaciones, por lo que hoy sé al dedillo cuanto he hecho, dónde estuve, etc., etc. ¿Cómo no había de coleccionar lo referente á los días 6, 7 y 8 de Febrero del 78 en San Ulpiano?

En esta campaña de Cuba, cuando había algún hecho de armas, se hacían relaciones nominales de todos los que asistían á la acción; las relaciones las visaba el jefe de la columna. Cuando lo de San Ulpiano, se hicieron además otras relaciones: para Sanz Pastor una y para mí la otra. He aquí el por qué tengo ese precioso dato autorizado por Sanz.

Los demás datos que le envío exceden á lo que usted me pedía, pues hasta le remito los retratos de Sanz y de Llorente.

Una súplica le hago, amigo Ibáñez: todo lo que le envío, á mano y por un compañero de toda confianza, deseo lo guarde como oro molido, para que nada de ello se extravíe, puesto que lo conservo *como un recuerdo de aquellos tres días de agonía y de gloria, que no olvidaré jamás*. Guárdelo, guárdelo todo hasta mi ida á esa; *esos documentos será lo único que pueda dejar á mis hijos el día de mañana*.

Repito que le estoy reconocidísimo por el trabajo que piensa publicar referente á aquellos para nosotros tristes días, que resultaron gloriosos por el valor de nuestros soldados y por el espíritu de cuerpo que tenía aquel inolvidable batallón de San Quintín, que con tanta honra mandé muchos años.

Aún recuerdo que, al ruido de la primera descarga el día 6, cuando nos encontrábamos Sanz y yo, con unos pocos soldados, sentados en un arroyo seco, después de haber bajado una gran loma, al ver que nos atacaron la retaguardia y que el enemigo dominaba desde la cima,

le dije á Sanz: «Ahora vas á ver lo que es San Quintín». En seguida me puse al frente de los soldados y les arengué, sobre poco más ó menos, en esta forma:

«¡San Quintín: tenemos una corbata en nuestra bandera; vamos arriba á buscar la otra! ¡Viva España!...»

Y subimos... y ganamos la segunda corbata de San Fernando para la bandera.

¿Sabe usted por qué le dije yo eso á Sanz Pastor de que *ahora vas á ver lo que es San Quintín?*

Pues sencillamente, porque no quería bien á mi batallón y decía que era mejor el de Holguín, que era el otro de la media brigada.

Sanz Pastor y yo éramos amigos y compañeros de la niñez. Juntos estuvimos internos en el colegio de Almarza, en Burgos; juntos en el inolvidable Colegio de Infantería. Nuestra amistad, pues, tenía verdadera y santa base.

Alguna vez anduvimos enojados, porque él tenía su genio y yo el mío; pero era un león en la pelea; él, Esponda y Martínez Campos competían en serenidad y arrojo.

Por aquellos días tuvimos una reyerta y por eso no ostento yo la laureada en mi pecho, y eso que el propio Martínez Campos me dijo que la pidiera; pero yo creo que si algo no se debe pedir, es eso; porque los hechos son los que cantan.

Perdone estas digresiones y estos desahogos. ¡El derecho del pataleo de un veterano que se ve olvidado por el poder!

Sanz probó aquellos días que tenía un alma de gigante. No puede darse más heroísmo.

Muchas veces, después, he hablado aquí con Maceo y otros cabecillas que estaban en aquella jornada, y todos á una se admiraban de nuestro tesón. Días fueron de prueba que se los doy al más pintado. Y si no, vea lo que dice Sanz en sus cartas que le acompaño. En fin, son hechos que se recuerdan con pena y alegría, porque, á la verdad, sufrimos muchísimo y fueron tres días de agonía entre la vida y la muerte; tres días que no olvidaré nunca y que ni quisiera repetirlos en mi vida, porque de estas cosas se sale bien una vez por *casualidad*; pero que debe pedirse no se repitan, *por si acaso*.

No obstante, me ocurre con esto que cuando pienso en las probabilidades de otra guerra, me remozo y dispongo para repetir la suerte... Y es que cuando se tiene amor á la carrera, es uno cadete aun cayéndose de viejo.

Ya te mandaré unos datos biográficos del comandante D. Matías Llorente. Este era una fiera peleando. ¡Qué valor más frío y más constante desplegó en las jornadas!

Del corneta nada sé; pero por lo que dice Sanz en su carta núm. 31, podrá usted dar con su rastro y encontrarlo.

Tampoco tengo planos ni fotografías de los lugares por donde anduvimos; es más, no los hay. Figúrese que eran montes vírgenes, por donde nadie había pasado nunca, al extremo de que ningún práctico conocía tales terrenos, ni aun el mismo Baracoa, que fué quien nos metió en aquel fregado. Luego, que íbamos en retirada, y como estábamos cercados, nos escurriamos por donde podíamos. Así se comprende que en tres días no encontrásemos agua, cuya falta echábamos más de menos que el alimento. Pero tampoco comíamos, porque no había de qué en los tres días.

Van los estados y otros detalles; desde el primer día, ó sea desde el día 6, yo mandaba la vanguardia, Sanz el centro y Llorente la retaguardia.

Como tiene usted mi retrato y no poseo otro mejor, ni más moderno, no se lo mando; pero se lo debo como recuerdo de gratitud.

Escríbame, y sabe cuenta siempre con el cariño del amigo y del compañero, q. b. s. m.

Postdata. Hoy estamos aquí de cuartelada, como quien dice... Mañana es el aniversario del grito de Yara y se teme algún escándalo.

¡Está tan mal estol...

En fin, aunque ya le escribiré sobre todo esto, interrogue al dador, capitán Cabrero, y verá qué cosas le cuenta de este bello país, casi perdido ya para España por culpas de

Desaliñada y franca, la carta anterior es un precioso documento que refleja la condición militar de Santocildes, y sirve de advertencia en los sucesos tristes y transcendentales que hoy se desarrollan en Cuba.

Por eso la he copiado. Necesario es que se apunten y señalen hechos para el día de la liquidación de cuentas. Cuanto más que esas y otras advertencias, igualmente autorizadas y elocuentes, tuve el honor de exponerlas en su día á algún ministro responsable... Y... no va más por hoy.

Aliento, generosidad, amargura, resignación... ¡Qué claras y bizarras son las manifestaciones de Santocildes en la Habana la víspera del aniversario de Yara, á los veintiséis años de aquel grito que tantos tesoros de sangre y de dinero nos costó! ¡Cuán preciosos sus arranques de soldado al presentir el terremoto que amagaba y que todos barruntaban, todos menos los llamados á contenerlo ó contrarrestarlo!

De la carta anteriormente copiada brota el noble espíritu de Santo-

cildes, amante de la gloria, celoso de su prestigio, lleno de voluntad y de gratitud para cuanto pueda contribuir á ensalzar los hechos culminantes de su vida. ¡Cuán natural y expresivo su prurito de conservar y coleccionar los antecedentes de su carrera, *única herencia que legar á sus hijos!*

Consagradas estas cuartillas á narrar las proezas homéricas del batallón de San Quintín, en las cuales tan activa parte tomaron Sanz Pastor y Santocildes, vamos desde luego á comenzar el relato, en el que, somera y atropelladamente, iremos exponiendo datos biográficos de los dos insignes soldados y del comandante Llorente, héroe ignorado de casi todos, y á quien, á decir verdad, corresponde mucha parte de la gloria conquistada en las tremendas jornadas de Río Naranjo y San Ulpiano.

II

La zona de terreno donde operaba el batallón Cazadores de San Quintín núm. 11, en los meses de Enero y Febrero de 1878, en Mayarí, era la comprendida entre la cuenca de este río y la del Nipe, teniendo en el centro las sierras de este nombre, divisoria de ambos cursos de agua. Es la tal demarcación una de las más agrestes del Departamento Oriental, y en su suelo, poblado de «farallones», de bosque y de desfiladeros, apenas si se levantaba un bohío.

Algunas fuerzas del batallón de San Quintín trabajaban en el chapeo del monte y en el corte de maderas para la construcción del fuerte «Laneros», que con los de «Pedernales», «El Masío», «Escondida», «Caoba», «Floridablanca» y otros, completaban la red de posiciones ordenada por el general en jefe.

En los últimos días del mes de Enero, parte de la fuerza al mando del comandante de aquel batallón, D. Fidel Alonso de Santocildes, operó por las orillas del Mayarí, apoderándose de varios campamentos enemigos y haciendo prisioneros á unas cuantas mujeres y al titulado capitán Baracoa, práctico después en la columna de Sanz Pastor.

Por aquellos días también había sido deshecha la columna del bravo teniente coronel Cabezas; el enemigo, envalentonado con el triunfo, mostrábase amenazador y pujante.

En tales circunstancias, se dispuso por la superioridad que tres columnas, en combinación, saliesen de Rioseco, Pedernales y Don Gregorio, con orden de avanzar hacia la Trocha de Maceo y de batir al enemigo donde quiera que lo encontrasen.

Día 4 de Febrero.

Organizada la columna con el coronel Sanz Pastor á su frente, el comandante Santocildes, jefe del batallón, 12 oficiales, 213 soldados y 30 libertos, emprendióse la marcha desde el campamento de Don Gregorio hacia Laneros, donde se dió comienzo á la construcción del fuerte proyectado.

Día 5.

Terminada la trinchera de protección de los trabajos del fuerte y comido el primer rancho, dispuso Sanz Pastor quedasen en trabajos 2 oficiales, 33 soldados y 10 libertos, saliendo él con el resto de la fuerza, ó sea: con un jefe, 10 oficiales, 180 soldados y 20 libertos, en dirección de la entrada de la Güira y Río Naranjo, donde pernoctó sin novedad la columna.

Día 6.

Dividióse la fuerza en dos fracciones y emprendióse la marcha muy de madrugada, explorando y reconociendo las márgenes de Río Naranjo. Reunidas las fuerzas de la columna en el camino de San Ulpiano, se prosiguió la marcha hacia las aguadas de los brazos de Río Naranjo, donde se sorprendió una ranchería, haciendo prisioneros cinco mujeres y seis chiquillos. Entre las primeras, figuraba la amante del llamado general Maceo.

Comióse el primer rancho en aquella estancia; á cosa de las dos de la tarde se continuó la marcha, dejando en el campamento enemigo á los pequeños y á dos mujeres para que los cuidasen, y llevando solamente prisioneras tres de las cinco aprehendidas.

Tomóse la dirección de la vereda de Juba, cayendo hacia Arroyo Largo; al descender por el cauce, cuando la vanguardia trepaba por la vertiente opuesta, fué bruscamente atacada la retaguardia de la columna por un grupo como de 200 hombres. Serían las cuatro de la tarde.

Inmediatamente, el coronel Sanz Pastor y el comandante Santocildes acudieron al sitio del peligro. Ambos arengaron á la gente, ambos se pusieron á la cabeza del soldado, y al cabo de tres horas de rabiota pelea, durante las cuales el enemigo trataba de machetear la fracción de retaguardia y de impedir su avance por la loma, llegóse á viva fuerza á la cima, desalojando de ella á los insurrectos. De cómo sería el encarnizamiento en la lucha, da idea la cifra de nuestras bajas, que fueron: 10 muertos y 21 heridos; de éstos, dos oficiales.

Noche del 6 al 7.

Cesó el fuego una vez anochecido; la columna hizo alto en la posición tomada á viva fuerza, y entonces pudo apreciar el coronel Sanz Pastor toda la gravedad de su situación. El enemigo se había engrosado con la llegada de nuevas partidas; prevalido de su superioridad numérica, cercó completamente al batallón de San Quintín, intimándole la rendición.

En medio de la algazara que promovían los insurrectos, entre los ecos de sus provocaciones y baladronadas, de sus denuestos y de sus amenazas, el batallón de San Quintín formó el cuadro, y dentro de sus filas encerró los heridos, las mujeres presas el día anterior y los muertos.

A los requerimientos é intimidaciones del enemigo, Sanz Pastor no contestó una palabra mientras recogía todos los muertos y todos los heridos de su columna. Después... después salía al frente de sus soldados, y con entonación enérgica y actitud severa lanzaba un ¡viva Español que apagaban las chocarrerías é injurias de los mambises...

Comenzaba entonces el *via crucis* de aquel puñado de leones, dignos sucesores de aquellos tercios que, según Bossuet, «semejaban fortalezas que tenían la virtud de reparar sus brechas». El enemigo, formando círculo de hierro, disparaba frecuentemente hacia el centro...

A cosa de las diez de la noche, fuerte griterío acompañado de des-

cargas á quemarropa anunciaba á la columna que el enemigo había recibido mayores refuerzos.

—¡Rendíos, muchachos; rendíos, que no tenéis salvación!—aullaban desde varios puntos.

—¡No ser bobos, *patones*; entregáos, que el general Maceo está aquí con su ejército y no tenéis escape!

—¡Mire, entréguese, coronelito, y no se le hará nada!—exclamaban en otros lados.

Y Sanz Pastor, por toda respuesta, rebasaba las líneas del cuadro, daba frente á la manigua y gritaba augusta y valerosamente: ¡Viva España!

La noche avanzaba; las raciones del repuesto se habían perdido; municiones no había muchas; los centros de donde pudieran recibirse estaban distantes... Además, el enemigo, lejos de amainar en sus bravuconadas y en su tiroteo, los aumentaba... El cerco de acero estrechaba su radio, percibiéndose claramente las conversaciones que sostenían aquellas fieras que ya soñaban con otro hartazgo de carne española...

En voz baja, muy baja, Sanz Pastor y Santocildes apreciaron la gravedad de su situación, y en voz baja, muy baja también, resolvieron sostenerse hasta el último trance, aun cuando para ello tuvieran que sucumbir todos los hombres de la columna...

Reunió el jefe á los pocos oficiales á sus órdenes: en el centro del cuadro, agrupados formando píaña, en plena obscuridad y sin otros horizontes que los senos del bosque iluminado por los fogonazos de los disparos que hacía el enemigo, Sanz Pastor dijo á sus camaradas:

—Ya comprenden ustedes cuál es nuestra situación... Estoy decidido á sostenerme mientras aliente... Mañana al amanecer emprendemos la marcha batiendo al enemigo; que cada cual ocupe su puesto sin vacilaciones ni apocamientos que haré pagar caros... En estos trances, el soldado español ya sabe cuál es el límite de su deber...

Dicen los actores de la jornada, que los ojos de aquel héroe brillaban como ráfagas eléctricas en aquella inmensa tenebrosidad; que su voz, apagada para restar blancos al enemigo, que enviaba balas allí donde percibía acentos humanos, llevaba tonos de fibrosa y rara elocuencia...

*
* *

—¿Por qué no envías un parte á Caoba diciendo lo crítico de nuestra situación?—dijo Santocildes á Sanz Pastor.

—Y ¿quién lo va á llevar?—replicó el jefe de la columna.—La cosa es punto menos que imposible... En fin, probaremos...

Con lápiz, en un trozo de papel, y cubierto por varias mantas á fin de que los separatistas no viesan la luz que hubo que encender, escribió Sanz Pastor el parte dando cuenta de la situación de su columna á las autoridades de los campamentos más inmediatos. Llamó á los prácticos, les hizo las manifestaciones convenientes, y todos ellos argumentaron con las dificultades de rebasar la estrecha línea de los enemigos. Alguno, como Baracoa, se negó en absoluto á llevarlo...

—Fusíleme usted, mi coronel, pero yo no me expongo á que me despedace Maceo.

Entonces, un hombre valeroso, espíritu alentado por el amor á la Patria y á su batallón, el corneta Cayetano Fernández, se brindó á llevar el parte, solo ó acompañado por alguno de los prácticos. Su proposición fué rechazada por el coronel, incrédulo ante los deseos de aquel «guaja»... ¿Quién podía asegurarle que un mozo imberbe, desconocedor del terreno, había de trocarse, por el esfuerzo de su ánimo generoso, en el salvador de la columna?

Había que enviar el parte... Los prácticos se mostraban reacios ó acobardados... Sanz Pastor, volviendo de sus naturales recelos, pensó en la moción hecha por el voluntarioso Cayetano Fernández, y resolvió que éste, con uno de los prácticos de San Quintín, Canuto Soria, saliese á probar fortuna, corriendo en alas del azar por la espesura del bosque y al través de la malla que formaban los insurrectos, con rumbo á los centros militares más cercanos.

Dejemos para más adelante la relación hazañosa del corneta, y prosigamos el relato de las proezas de San Quintín.

Trasponía ya la media noche, y las angustias de los soldados españoles contrastaban con el júbilo provocador de sus carceleros... Bajo la inmensa bóveda, estrellada y serena, entre aquellos árboles gigantes, mudos testigos de sus congojas, ¡qué de sufrir y de penar los valerosos representantes del orgullo de raza y de la pujanza señorial de nuestro Ejército!

El alba se dibujaba ya, apacible y templada... Un vocerío estrepitoso, huracán salido de pechos enardecidos y satisfechos, vino á amar-

gar más y más la situación de nuestros compatriotas. La luz del nuevo día no era nuncio de venturas... El práctico Canuto Soria había sido cogido por los secuaces de Maceo, quienes, rebosantes de saña y ebrios de gozo, venían á las mismas filas del cuadro, hacían silencio, y con voz sonora leía uno el parte en que Sanz Pastor manifestaba la grave empresa en que se hallaba y la urgencia de que se le enviasen fuerzas en auxilio, sino se quería que sobreviniese una catástrofe...

En el ánimo del soldado apenas hicieron mella las baladronadas de tales salvajes, que ya se consideraban dueños de la columna y saboreaban prematuramente su fácil triunfo...

De acuerdo con Santocildes, se comenzaron los preparativos de marcha. Piadosamente se dió sepultura á los compañeros muertos el día anterior... Ni un responso para aquellos valientes camaradas... Ni un cántico, nada que sirviera de cebo á la fusilería de los mambises... Allá cada cual balbuceó para sí una oración, y sobre las tumbas de los que sucumbieron en el cumplimiento de su deber, quedó un epitafio bien sencillo y bien gallardo: las gotas de sangre de los heridos que en la removida tierra, habían reclinado sus cuerpos destrozados por el plomo y por la fiebre...

Día 7.

Con los primeros rayos del sol inició la columna su movimiento de avance. En vanguardia, Santocildes, con escasa fuerza; en el centro, Sanz Pastor, con los heridos, el armamento de éstos y el de los muertos el día anterior, las mujeres y las escasas municiones que restaban. En la retaguardia, el capitán D. Matías Llorente, soldado de temple duro que aquel día había de realizar proezas dignas de la fábula.

Rompió el fuego la vanguardia, y el enemigo, al notar el avance de la columna, no trató de impedir seriamente la marcha... Le era más grato y más fácil caer sobre la retaguardia y devorarla en pocos momentos.

Marchaban nuestras tropas con rumbo á la Maestra del Naranjo; durante todo su itinerario no cesaban de molestarle por los flancos, pues á modo de escolta marchaban á poca distancia grupos de insurrectos. Sin embargo; lo sangriento y porfiado de la jornada fué para la retaguardia.

Acosada por casi todas las fuerzas insurrectas, tuvo que sostener varias acometidas, de las que libró gallardamente merced á la sangre fría, á la pericia y á la resistencia del capitán Llorente, que aprovechando bien la condición del suelo, parapetando á su tropa con habilidad suma, causó numerosas bajas al enemigo, logrando él incorporarse al grueso de la columna sin haber tenido más que seis soldados heridos de bala.

Serían las doce del día, y el sol apretaba tanto como las fuerzas insurrectas que de nuevo cercaron á la columna y de nuevo también le intimaron la rendición, creyendo que aquel puñado de hombres no insistiría en su loca defensa.

Veíanse unos á otros y percibíanse claramente las voces de los cabecillas, que brindaban á los soldados españoles con la vida si cesaban en su empeño. Pero Sanz Pastor replicaba siempre con entonación augusta: ¡viva España! sin preocuparse para nada de la escasez de sus fuerzas, de los muchos heridos que ya llevaba (aumentados en 10 que había sufrido la vanguardia y el centro durante la ruda marcha de la mañana) y sin tener en cuenta, en fin, que no llevaba provisiones, ni medicinas, ni brazos siquiera para conducir aquel convoy de moribundos...

Luego de descansar unos momentos, molestados siempre por el tiroteo del enemigo, rompióse la marcha interrumpida.

Por cinco ó seis veces el comandante Santocildes tuvo que romper el cerco, llegando algunas de ellas á embestir al arma blanca. El enemigo, viendo las muchas bajas que sufría, volvió á la táctica que durante toda la mañana había practicado. Cayó sobre la retaguardia con casi todas sus fuerzas, y á la vanguardia y al centro no cesó de molestarles con fusilería.

Llorente, bravo, acertado y enérgico, prosiguió con igual fortuna la serie de combates de posición en posición, iniciada desde el amanecer. Si rudas eran las acometidas, heroicas y hábiles las resistencias... Y así, hora tras hora, replegóse al nucleo de la columna, de suerte que al anochecer llegaba al montículo donde Sanz Pastor había hecho alto para pasar la noche y repararse de las inclemencias de cielo y tierra y de los rigores de los hombres, con los lamentos de los heridos, con el temblor de los calenturientos y con el hambre y la fatiga de cuantos seguían la bandera prestigiosa del batallón, símbolo entonces del creyente, del patriota y del soldado.

Llevaban ya 44 heridos, y la cifra de los muertos subía á 16. El hambre, la fiebre, los infartos, el delirio de la sed, se habían cebado en los supervivientes.

¡Treinta horas sin agua y sin pan, bajo un sol ardiente, caminando por un *crucis* sin término. Treinta horas de pelea, sin esperanzas de redención, sin bálsamo para aquellas heridas que en vano trataba de curar con amor de hermano el generoso médico del batallón, el simpático y heróico Orellana! ¡Y aquellos hombres, sin embargo, aún tenían fuerzas para resistir, aún habían de realizar portentos de coraje! ¡Cuánto puede el santo amor á la Patria! ¡Qué hermosa y fortalecedora es la virtud del deber militar!

El médico de San Quintín, mi amigo Federico Orellana, cuyos son gran parte de los detalles que aquí se consignan, refiere que al hacer alto al medio día, luego de incorporarse la retaguardia y de curar como pudo á los heridos, un pobre soldado á quien devoraba la fiebre, pedía agua, llamaba á su madre, imploraba la caridad de sus compañeros... Pero agua no había, ni en el botiquín restaba nada con que mitigar los quebrantos del pobre enfermo...

Un cabo del batallón salió á un claro donde un naranjo silvestre mostraba su verdoso fruto. Cogió varias naranjas entre el tiroteo de los insurrectos, y, satisfecho con su botín, retornó á consolar á sus compañeros, aplicándoles á los labios el zumo amargo como hiel, que ellos saboreaban, ó, por mejor decir, devoraban con la fruición del que cree hallar el remedio de su desventura...

Aquella noche, al hacer la cura á los heridos, uno de ellos, sargento del batallón, llamó paso, muy paso, al doctor...

—Dígame, doctor—baluceó el herido, cuya vida escapaba por momentos—dígame, yo estoy muy grave, ¿no es verdad?

—¿Quién le ha dicho á usted eso?—replicó Orellana, prodigándole consuelos profesionales...

—No... lo digo, porque, ya ve usted, yo robo dos hombres á la columna... los dos que me llevan entre ramas... y... francamente, si yo he de morir, como creo, no es justo que por mí pierda dos fusiles el batallón cuando tanta falta hacen para salir de este apuro...

¡Bah, bah!—añadió Orellana.—No piense usted en semejante cosa; á curarse y á vivir...

Momentos después, aquel sargento, con un espíritu de abnegación

inconmensurable, se atravesaba el pecho con la bayoneta... ¡Hazafia digna de ser cantada por la épica! El generoso español remataba la vida para que su cuerpo macilento no distrajera brazos en su transporte...

Uno de los alféreces del batallón, arrastrándose por entre los matorrales, pedía á voces al médico que le indicara un sitio para descansar, alejado un tanto de cadáveres y moribundos...

—No hable usted alto, que no tardará mucho en venir alguna bala— objetó Orellana;—échese usted á mi derecha y duerma si puede...

Y el alférez, sin curarse del consejo del médico, comenzó á chapear el trozo donde soñaba aderezarse un mullido lecho... Los golpes del machete al herir los troncos de los arbustos, sirvieron de blanco á los insurrectos... Algunos segundos después, el gentil alférez daba un grito de angustia. Una bala enemiga, disparada desde el bosque, le entraba por la parte anterior de la carótida y le salía por la parte posterior de la laringe, aunque respetando la yugular y todos los órganos importantes...

Sanz Pastor y Santocildes pasaron la noche reunidos... Devorados por la fiebre, temblorosos sus cuerpos aunque enteras sus almas, no acertaban con el resultado de aquella epopeya luctuosa. Sombras por todos lados: la muerte al fin de la jornada; muerte gloriosa, sacrificio de españoles amantes de la fama de su Patria y celosos de su personal espíritu y honor... Como hermanos amorosos, consolaban á los camaradas heridos ó amilanados por las enfermedades; como padres, se multiplicaban y llevaban palabras de esperanza y de cariño á aquellos valerosos soldados, que en el tormento de sus angustias bendecían el nombre de España, entre maldiciones de corajuda entereza por no estar aptos para empuñar el fusil y hacer pagar cara á los mambises su osadía.

¡Noche triste en verdad, merecedora de ser cantada con acentos viriles, con ternura, con fibra, con entusiasmos, con locura, con delirios de la pluma subyugada por el noble orgullo nacional!

Cuando el alba clareaba, Sanz Pastor y Santocildes apreciaron todo lo amargo de su estado... Apenas si tenían hombres útiles... No ya el hambre y la sed solamente, la vigilia de dos noches, la excitación, la fiebre, los infartos del hígado, las llagas, todo conspiraba contra el soldado...

Pero había que proseguir hacia el término de aquel sangriento Calvario..

Imposible llevar á los heridos y enfermos en las camillas reglamentarias, ni aun en las que se habilitaron con ramaje...

—Doctor—mandaba el coronel á Orellana—ya ve usted cómo estamos; es preciso que cada enfermo grave ó herido, sea llevado á cuestras por un compañero; cuando ordenemos hacer alto y romper el fuego, que los dejen en tierra, empuñen el fusil y arreen contra el enemigo. No podemos permitirnos el lujo de escoltas; harto haremos con librar-nos de las garras de esos cobardes...

Y así, en tan mezquina y reducida aptitud, se dispuso la marcha para el día 8, ciñéndose al orden mismo de los dos días anteriores; es á saber: Santocildes en la vanguardia, Sanz Pastor en el centro y el capitán Llorente en la retaguardia.

Día 8.

Al reanudar la peregrinación en este tercer día, el enemigo saludó á la columna con una descarga...

Despejado el frente por la bravura de los pocos hombres que llevaba Santocildes, cayó el grueso de la facción sobre la retaguardia, que capitaneaba Llorente, quien con la habilidad y el tesón de los días anteriores, logró contener el empuje del contrario.

Veía el enemigo el decaimiento físico de aquellos leones, alentados únicamente por la fiebre patriótica... Pasmábase de tal derroche de energías, de tanto tesón, de tan increíble resistencia... —¡Eso no puede durar!—diría en los transportes de su júbilo...—¡Serán nuestros de aquí á algunas horas!...

Pero como su condición selvática distaba tanto de la caballeresca hidalguía de los guerreros europeos, ni siquiera tuvieron para aquel grupo de titanes las nobles frases de Condé á los tercios de Rocroy... Lejos de eso, cuando la columna de moribundos atravesaba una calva de monte, allí redoblaba sus fuegos, parapetado en la espesura y sin considerar que luchaba en la relación de veinte á uno y contra seres aniquilados por la necesidad y las dolencias...

En uno de esos claros de manigua cayeron algunos de los nuestros, entre otros un oficial; el mismo Sanz Pastor recibió tres balazos: en el

antebrazo uno, en el hombro otro y en el pecho el tercero, aunque, por fortuna, no le causaron más que contusiones. Pero tanto él como Santocildes parecían remozarse en aquellas crisis supremas de su amarguísimo itinerario.

|| MORIREMOS COMO ESPAÑOLES ||

Recontada la gente en tan desesperados momentos, la estadística era horrenda:

Veintitrés muertos.

Setenta y tantos heridos.

Y el resto de la fuerza enfermo, aniquilado por la sed, por el hambre, por las fiebres...

Ya no había brazos para conducir á los pobres heridos ni para disparar ni empuñar las armas de la Patria... Apenas si quedaban disponibles 25 soldados...

Sanz Pastor comprendió que había llegado el final de su epopeya...

—¡Moriremos como españoles!—decía á su camarada Santocildes.

—¡Es imposible ya más, Fidell!

Pero el bravo comandante de San Quintín aún aconsejaba mayor resistencia.

—¡Moriremos matando, mi coronell!

Con estoicismo numantino, Sanz Pastor mandó desarmar los fusiles... ¡no debía dejarse al enemigo botín ninguno! Enterrarónse las piezas del armamento junto á los restos de los pobres soldados... Dudábase de si habría fuerza para avanzar algunos cientos de metros con aquel cortejo de heridos, de moribundos, de cadáveres galvanizados por el deber militar... Quién pensaba en formar una pira con los inútiles y dejar expeditos los pocos brazos sanos que restaban, para que rajaran y exterminaran la hueste mambí, muriendo embriagados por sangre... El otro soñaba con llegar al riñón de los insurrectos, rebañar á sus caudillos y vengar así los sufrimientos de la columna. Todos, soldados y jefes, todos, enfermos y heridos, calenturientos, extenuados, locos, llevaban en su alma las energías españolas, y soñaban, delirantes, con matar en honra de España y en cumplimiento del sacro

Pacheco... Corrido y desesperado también, veía el generalísimo de aquella chusma sanguinaria, Antonio Maceo, cómo avanzaban las columnas de socorro, y de qué modo tan liberal y tan franco llegaban á dar el abrazo fraternal á los héroes del batallón de San Quintín, lanzando himnos de júbilo y de alabanza por aquel nuevo triunfo de la causa española.

III

Agreguemos aquí algunos datos para dar plena reseña del brillantísimo hecho de armas.

De cómo se las ingenió el intrépido y generoso corneta de San Quintín, Cayetano Fernández, nos va á dar él mismo conocimiento con el relato que nos envió desde Laroles (Granada), con fecha 15 de Mayo de este año, y que á la letra dice así:

«Serían las once de la noche del día 6 de Febrero de 1878, cuando volvieron los prácticos diciendo que era imposible atravesar la circunferencia en que el enemigo nos había encerrado. Entonces, el coronel, recordando la oferta que yo había hecho de llevar el parte, dirigiéndose á mí, me dijo:

—Corneta, arréglate.

—En seguida, mi coronel—le respondí.

—Hazte acompañar del práctico Canuto y á llevar ese parte á su destino—agregó.

Y sin más armas que la bayoneta, me lancé al campo por caminos desconocidos y sorteando el bosque con dificultad, pero confiando siempre en que mi buena voluntad y mi deseo de servir á mis compañeros y á la Patria, me serviría de seguro día.

A poco rato observé que no era tan fácil salir de allí, porque el enemigo formaba un cordón difícil de burlar... Entonces juzgué más prudente y seguro jugarlo todo á la luz del día, ya que era presumible que al amanecer seguiría la batalla, siendo entonces más probable encontrar un claro por donde pasar.

Esperé, pues, al día; pero, con asombro mío, no se rompió el fuego por los enemigos. Sin embargo, al fin logré correrme hacia una loma y llegar á lo alto de ella; allí me creí ya en salvo, pero sin que pueda darme cuenta de cómo, el hecho es que á poco rato me ví rodeado de enemigos, salvándome de ellos porque me tiré por un tajo de más de treinta metros, no estrellándome porque caí entre el ramaje de gigantes árboles que crecían en su fondo.

Descendí de los árboles y, ya en tierra, disparé en seguida á correr; al llegar al río de los Naranjos, lo pasé con el agua á la cintura.

A poco, oí una voz que me gritaba:

—¡Quién vive!

Me callé y oculté como pude, y al notar mi silencio agregó el mismo:

—Conteste el que sea y no sea bobo...

Escapé como Dios me dió á entender, y corriendo, corriendo, me caí en un pozo lleno de agua, que salvé á nado.

Continué la carrera por una loma, y al atravesarla me hicieron varias descargas, sin que, afortunadamente, recibiese daño alguno.

Así continué, casi siempre corriendo y sin saber ciertamente por dónde estaba, hasta que llegué al río Mayarí de abajo, que era terreno conocido.

Después de mil fatigas y peripecias, conseguí llegar al punto de mi destino.

El jefe de la fuerza no dió crédito á mi relato. Me tomó, sin duda, por un loco, tanto más, cuanto que yo no llevaba parte ni documento alguno. Mas al ver que yo aseguraba y respondía con mi cabeza que todo cuanto decía era verdad, dispuso la inmediata salida de fuerzas en socorro de la columna.

Lo demás, lo sabe usted mejor que yo. »

*
* *

Como consecuencia del aviso dado por el corneta, salieron en busca del batallón de San Quintín, una columna mandada por el coronel D. Juan Salcedo y Mantilla de los Ríos, y otra formada por cuatro compañías de Cazadores de Chiclana, dos de Holguín y tres secciones de correos, al mando del teniente coronel Valenzuela. Esta fuerza fué

bate, tres días de hambre y sed y rodeados de enemigos, no os han hecho perder la esperanza, ni dudar de que, unidos y obedientes á la voz de vuestro jefe, teníais la seguridad de vencer á un enemigo in-noble é incapaz de presentarse á vuestro frente. Vuestro comportamiento lo he hecho presente á la superioridad, y no dudéis que habéis dado un día de gloria á España, y de honra, si es posible tenerla mayor, á San Quintín.

El corneta Cayetano Fernández, que desde el campamento del día 6 se presentó voluntario para dar cuenta de nuestra situación, llegó el 7 á Caoba; este valiente, que no dudó sacrificar su vida por el bien de todos, no debéis olvidar nunca; sin su abnegación no nos hubiéramos salvado, si la Providencia no hubiese puesto sobre nosotros en nuestro auxilio las columnas que nos auxiliaron; así pues, vuestra recompensa para con él debe ser de eterno agradecimiento, y su comportamiento estímulo para todos.

¡San Quintín! No necesitáis que yo os lo diga; todo el Ejército sabe lo que valéis, y me resta sólo deciros que continuéis así, y al gritar ¡viva España! lo hagáis con el convencimiento de que la bandera de nuestra noble nación conservará en sus pliegues la honra que habéis sabido darle.

Vuestro coronel, *Sanz.*»

Á esta orden, cuyo original tenemos á la vista, puso Santocildes las frases siguientes:

«Lo que se comunica en la orden del cuerpo de este día, para su general conocimiento y completa satisfacción de todos cuantos hemos tenido la honra de asistir á estos gloriosos hechos que tan alto han puesto el nombre del batallón de San Quintín, porque con vuestro heroico comportamiento habéis ganado otra corbata de San Fernando para su bandera.

¡Soldados de San Quintín! Ahora más que nunca es preciso seamos dignos del nombre que llevamos, y todo lo espero de vosotros; es preciso no olvidéis el hecho heroico llevado á cabo por el corneta Fernández, al cual, para recompensarle como merece, además de la gracia que le conceda el excelentísimo señor general en jefe, el coronel Sanz, con el batallón de San Quintín, vamos á abrirle una suscripción, para la que invitaremos á todo el Ejército, esperando contribuyáis con vuestro óbolo á labrar la felicidad de nuestro compañero, para que éste, en su día, tenga dignos imitadores.

Soldados: ¡Viva España! ¡Viva San Quintín!

Vuestro comandante primer jefe accidental, *Santocildes.*»

Al tener conocimiento de los hechos realizados por San Quintín el general en jefe, desde Puerto Príncipe, envió el telegrama que transcribimos:

«Al comandante general de Cuba.

Diga V. E., coronel Sanz: Recibido el parte de gloriosos combates sostenidos por V. S. con el batallón de San Quintín hacia Río Naranjo. Alta era la reputación de ese cuerpo que en la Galleta conquistó la corbata de San Fernando; sólo otro regimiento, el del Príncipe, había tenido la gloria de igualarle en esta campaña. Este nuevo hecho de armas le hace acreedor á que se instruya nuevo expediente. Envío á V. S. la expresión de mi entusiasmo y satisfacción, haciéndolo presente á los señores jefes, oficiales y tropa presentes en los combates.—
Campos.»

*
* *

El día 14 de Febrero llegaba á Santiago de Cuba, en tren especial, el esqueleto del batallón de San Quintín.

Ochenta hombres, comprendiendo en ellos algunos heridos leves, los enfermos que podían andar y los *cuarenta soldados* que habían quedado útiles después de las duras jornadas, desfilaron por entre la muchedumbre, entre aclamaciones entusiastas y transportes de patriotismo...

Iban á su cabeza las escuadras de gastadores de los batallones primero y segundo de Voluntarios, escoltando la gloriosa bandera de San Quintín... Rodeaban á aquellos inimitables soldados, los jefes y oficiales que se hallaban en la plaza con los generales Prendergast, Dabán, y Llanos. Así llegaron al cuartel de San Francisco.

Los soldados fueron agasajados espléndidamente: al coronel Sanz se le regaló un bastón de mando, riquísimo, con la delicatoria siguiente:

El Círculo español de Santiago de Cuba, al coronel D. Pascual Sanz. Recuerdo de la acción Aguas de Naranjo, los días 6, 7 y 8 de Febrero de 1878.

A la oficialidad de San Quintín se la obsequió con un banquete, al que asistió todo el elemento militar y lo más principal del vecindario.

Fué un hermoso homenaje rendido á su bravura; en él hubo derroche de patriótico entusiasmo, lo mismo en los brindis que en las poesías del coronel Salcedo y de los Sres. Beltrán y Aguirrezábal.

Los vítores del pueblo y el laurel del triunfo, agasajos, coronas, admiración... Todo era poco para premiar el martirio y la heroicidad de aquel puñado de hombres, dignos sucesores de los que al través de los siglos labraron para España un trono de gloria.

*
* *

Las recompensas concedidas á los jefes y oficiales de la columna, fueron las siguientes:

Comandante D. Fidel Alonso de Santocildes, empleo de teniente coronel.

Capitán D. Matías Llorente, empleo de comandante.

Médico primero D. Federico Orellana, empleo de médico mayor.

Teniente D. Juan Amoedo, empleo de capitán.

Idem D. Balbino Cerreiro, cruz roja del Mérito Militar.

Idem D. Antonio Cortés, grado de capitán.

Alférez D. Manuel Callejas, grado de teniente.

Idem D. Antonio Mayorga, grado de capitán.

HERIDOS

Capitán D. Joaquín Bueso, empleo de comandante.

Teniente D. Rafael Alonso Brañuelos, empleo de capitán.

Idem D. Manuel del Molino, empleo de capitán.

Alférez D. José Zurdo, grado de teniente.

Además se concedió el mando del batallón de San Quintín á Santocildes, y ocupó el puesto de éste, de comandante, el bravo jefe de la retaguardia, Llorente.

El coronel Sanz, el capitán Llorente y el corneta Fernández, obtuvieron el más alto emblema de la virtud militar: la cruz de San Fernando.

A dos sargentos se les concedió el grado de alférez, y á otros dos el empleo.

IV

Consideramos patriótico é interesante la copia de los documentos por virtud de los cuales se concedía la corbata de San Fernando al batallón de San Quintín, y las cruces de la misma orden á Sanz Pastor, Llorente y Fernández.

Corbata de San Fernando.

«Excmo. Sr.: El excelentísimo señor ministro de la Guerra me comunica en 25 de Junio próximo pasado la Real orden siguiente:

Excmo. Sr.: Enterado el Rey (q. D. g.) del expediente de juicio contradictorio instruido en averiguación del mérito contraído por el batallón Cazadores de San Quintín, del ejército de la isla de Cuba, en el combate sostenido contra los insurrectos de dicha isla, durante los días 6, 7 y 8 de Febrero último en los montes de San Ulpiano, caídas del Naranjo y otros puntos:

Resultando probado que el combate en cuestión determina un hecho altamente heroico y honrosísimo para aquel sufrido ejército.

Considerando que la columna que lo llevó á cabo constaba de 202 hombres, de los cuales 180 eran del expresado batallón que formaban cuerpo.

Considerando que siendo atacados por fuerzas superiores, y que á pesar de no tener esperanzas de recibir refuerzo alguno y ver aumentar considerablemente el número de los contrarios, no aceptaron la capitulación que se les propuso.

Considerando que después de haber tenido 25 muertos y 70 heridos, y encontrarse sin agua y sin municiones de boca, y á pesar de lo insostenible de la situación continuaron la lucha con el mayor denuedo.

Considerando que cercada ya la columna para obligarla á definitiva rendición, prolongó su defensa durante tres días, resistiendo un fuego continuado, ataques decididos y repetidas proposiciones y amenazas, dando lugar con su decisión inquebrantable á que fuera socorrida.

Visto el art. 32 de la ley de 18 de Mayo de 1862, en el cual se halla comprendido este caso, y de conformidad con el Consejo Supremo

de Guerra y Marina en su acordada de 19 del corriente, ha tenido á bien S. M. conceder al batallón Cazadores de San Quintín, del ejército de la isla de Cuba, la corbata de la orden de San Fernando, por el heroico comportamiento que observó en los mencionados días 6, 7 y 8 de Febrero último, debiendo ser colocado este distintivo con todas las solemnidades que marca la ley.

Al propio tiempo, ha dispuesto S. M. se haga conmemoración en la orden general del día, de los que sucumbieron con tanta gloria en aquel campo de batalla.

De Real orden lo digo, etc., etc.»

Cruz de segunda clase al coronel Sanz.

«Excmo. Sr.: Enterado el Rey (q. D. g.) del juicio contradictorio instruido en averiguación del mérito contraído por el coronel D. Pascual Sanz Pastor, jefe de media brigada del ejército de la isla de Cuba, en el combate que el batallón Cazadores de San Quintín, á sus órdenes, sostuvo durante los días 6, 7 y 8 de Febrero de 1878 en los montes de San Ulpiano, caídas del Naranjo y otros puntos, contra fuerzas superiores de los insurrectos, y por cuyo hecho heroico ha tenido á bien S. M. conceder á aquel batallón la corbata de San Fernando.

Visto el art. 27, regla 39 de la ley de 18 de Mayo de 1862, que comprende el caso de que se trata, y de conformidad con lo informado por el general en jefe de aquel ejército y por el Consejo Supremo de Guerra y Marina, en su acordada de 19 del actual, se ha dignado S. M. otorgar al hoy brigadier D. Pascual Sanz Pastor, la cruz de segunda clase de la orden militar de San Fernando, pensionada al año con dos mil pesetas, abonables desde el citado día 8 de Febrero, siendo asimismo su Real voluntad que las insignias de esta condecoración le sean puestas al agraciado con las solemnidades que la ley previene.

De Real orden lo digo, etc., etc.»

Cruz de primera clase para Llorente.

«Excmo. Sr.: Enterado el Rey (q. D. g.) del expediente de juicio contradictorio instruido en averiguación del mérito que contrajo don Matías Llorente y Miguel, capitán del batallón Cazadores de San Quintín, del ejército de Cuba, en los combates sostenidos contra los insurrectos los días 6, 7 y 8 de Febrero de 1878, en los montes de San Ulpiano, caídas del Naranjo y otros sitios.

Resultando probado en forma que el citado capitán fué el individuo del citado cuerpo que más contribuyó al éxito de aquel memorable hecho de armas.

Considerando que mandó constantemente la retaguardia, distinguiéndose de un modo notable por su valor y encontrándose en los sitios de mayor peligro mandando su gente y dictando oportunas disposiciones para recoger los heridos, y conduciéndose de tal manera, que se hizo digno de la admiración de todos.

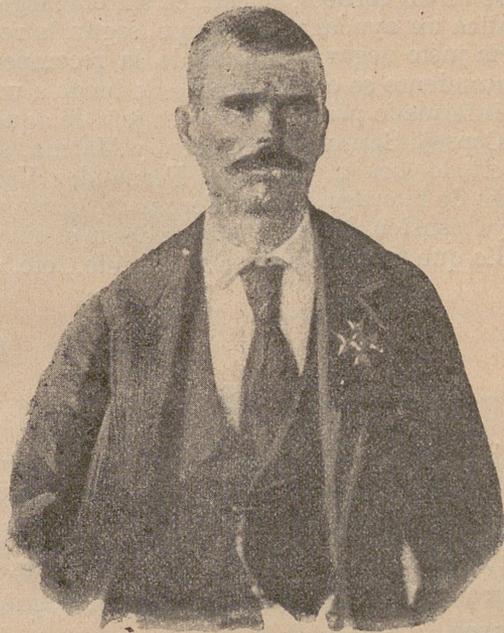
Visto el caso 5.º del art. 25 de la ley de 18 de Mayo de 1862, al cual se ajusta el distinguido comportamiento observado por el interesado, y de conformidad con lo expuesto por el Consejo Supremo de Guerra y Marina en su acordada del 26 del mes próximo pasado, ha tenido á bien S. M. concederle la cruz de primera clase de San Fernando, pensionada con 375 pesetas anuales, abonables desde el mencionado día 6 de Febrero.

De Real orden lo digo, etcétera, etc.»

**Cruz de primera clase
al corneta.**

«Excmo. Sr.: Enterado el Rey (q. D. g.) del expediente de juicio contradictorio instruido en averiguación del mérito contraído por Cayetano Fernández Vázquez, corneta del batallón Cazadores de San Quintín, del ejército

de Cuba, quien en el combate que tuvo lugar en los montes de San Ulpiano, contra fuerzas superiores de los insurrectos, en la noche del 6 de Febrero último, se ofreció voluntariamente á llevar un aviso en demanda de socorro para la columna de dicho batallón, cercada por los enemigos; acción verdaderamente distinguida, por cuanto parecía inevitable una muerte casi segura, dado el carácter de aquella guerra sin cuartel; y considerando que si bien no produjo resultado por cuan-



Cayetano Fernández Vázquez

to el primer refuerzo que llegó procedía de otro campamento distinto del de la Caoba, á donde arribó el Fernández, no es posible desconocer su abnegación y bravura al atravesar la línea enemiga y lograr, extenuado de hambre, medio desnudo y sin más defensa que su bayoneta, llegar al campo de los nuestros, cumpliendo por su parte todo lo que había prometido.

Considerando además que si bien la ley no prevee este caso, tratándose de un corneta, lo califica sin embargo de distinguido cuando lo realiza un ayudante de campo, según la regla 29 del art. 25, y que no sería justo negar á un soldado la recompensa que por el mismo comportamiento se concediera desde luego á un oficial, teniendo en cuenta lo informado por el general en jefe de aquel ejército y de acuerdo con el Consejo Supremo de Guerra y Marina, se ha servido S. M. conceder al citado corneta Cayetano Fernández Vázquez, la cruz de primera clase de la orden de San Fernando, premiada al año con 100 pesetas, cuya pensión deberá abonarse desde el día 6 del citado mes de Febrero.

Lo que traslado á V. E. para, etc., etc.»

*
**

El domingo 11 de Agosto de 1878, la ciudad de la Habana presenció una de las solemnidades militares más brillantes de un pueblo glorioso.

Tendidas las tropas en el campo de Marte, puestos en el centro de la línea los jinetes del Príncipe y los peones de San Quintín, llegó á las cinco en punto el capitán general, seguido de un numeroso estado mayor.

Con voz robusta, y mientras los soldados presentaban las armas de la Patria, leyó el general Martínez Campos la Real orden otorgando la gloriosa corbata de San Fernando á los dos cuerpos citados.

Al terminar la lectura, el pueblo vitoreó al caudillo y á los héroes de las Guásimas y de San Quintín. El general Campos, apeándose entonces del caballo, se dirigió á la bandera de San Quintín, en la que amarró la corbata. Luego de esto, sombrero en mano y dirigiéndose á la noble enseña, dijo con voz solemne y entonación robusta:

—S. M. el Rey ha tenido á bien conceder al batallón de San Quintín la corbata de la Real y militar orden de San Fernando, y yo, en su nombre, condecoro á su bandera.

Soldados: ¡Viva España! ¡Viva el Rey!

Un grito atronador siguió á las frases del general, quien inmediatamente repitió la ceremonia ante el regimiento del Príncipe.

Hecho esto, la bandera y el estandarte se colocaron frente al hotel de Inglaterra, desfilando ante ellos la guarnición entre las aclamaciones de las muchedumbres, que con su entusiasmo se asociaban al homenaje tributado á la virtud militar acrisolada.

*
* *

Innumerables fueron las felicitaciones enviadas á Sanz Pastor y Santocildes por los días que sucedieron á las torturas del 6, 7 y 8 de Febrero. De entre todas, queremos entresacar dos bien valiosas, por la calidad de los soldados ilustres que las suscriben. Dicen así:

«Palma, 12 Febrero de 1878.

Sr. D. Fidel Santocildes.

Mi estimado amigo: Acabo de ver el parte que da el señor coronel Sanz sobre los combates tenidos por parte de ese batallón del 6 al 8 del actual, y me apresuro á felicitar á usted, á todos los oficiales y á toda la tropa de San Quintín, por su abnegación, firmeza, patriotismo y heróico comportamiento.

Sabe usted la parte que tomo en cuanto atañe á San Quintín; en el alma siento las bajas que ha tenido y angustias por que habrá pasado; mas repito á usted que me llena á la vez de satisfacción y alegría su distinguido y heróico comportamiento, que nunca será bien alabado.

Espero la narración de cuanto ha pasado, y en el ínterin, queda de usted, y de todo San Quintín, entusiasta y buen amigo, que bien le quiere, *Camilo Polavieja*.

Postdata. ¡San Quintín acaba de ser de mi brigada y ha sido socorrido por fuerzas de ella! Figúrese usted cuál será mi contento, cuando todo puede decirse que ha pasado entre los de la casa. Un abrazo á Llorente por su mérito distinguidísimo.

Suyo, *Polavieja.*»

«Sr. D. Fidel A. de Santocildes.

Mi muy querido amigo: Pretendo ser de los que más sinceramente le felicitan por su ascenso, que se ha ganado como nadie, y que me parece escasa recompensa á su heroísmo.

El día 5 salgo para la Península, y antes he querido enviar á usted un abrazo, otro á Valderrama y un cariñoso saludo á toda la oficialidad de ese bravo batallón, que he tenido la honra de que pertenezca á mi brigada un poco de tiempo.

Siempre suyo, que le abraza, *José Galbis.*»

Mandaba ya Santocildes el batallón, cuando llegó la concesión de la cruz de San Fernando al corneta. Al publicar en la orden del cuerpo el oficio dándole traslado de la Real orden, el bizarro teniente coronel agregó las frases que transcribimos, emanación fidelísima del noble espíritu militar del malogrado jefe:

«Al propio tiempo, para que llegue á conocimiento de todos, sirva de estímulo y en su día tenga imitadores la distinguida acción del corneta D. Cayetano Fernández Vázquez, se hace saber que además de esta recompensa que le da la Patria, este batallón, admirador presencial de tan brava conducta, abrió una suscripción en su favor, según prometí en la orden del cuerpo del 12 de Febrero, en Floridablanca, suscribiéndose todos sus individuos con un día de haber y contribuyendo también con su óbolo todos los cuerpos de la división de Cuba, según se ve por la relación adjunta, ascendiendo ésta á unos *tres mil pesos oro*, que ya están en la caja del cuerpo para entregárselos el día que marche á la Península por cumplido.

Hechos tan distinguidos como el del corneta D. Cayetano Fernández Vázquez, cuenta muy pocos ó ninguno la historia de la campaña que felizmente acaba de terminar, y más cuando nada le importó la vida, ni las torturas á que podía sujetarle el enemigo, caso de haber caído en su poder; desconocedor del terreno en que nos encontrábamos, no titubeó este hijo del pueblo en pasar las filas enemigas para ser útil á sus compañeros de armas.

Su leal comportamiento le ha hecho digno de ostentar en su pecho tan honrosa distinción. Imitadle en lo posible, soldados; procurad que vuestros nombres se conserven puros en los anales militares y con provecho para la Patria, como el nombre de Cayetano Fernández, que siempre debemos declarar con orgullo que ha servido á nuestro lado en este querido batallón de San Quintín.

Vuestro primer jefe, *Santocildes.*»



Cuba 12 de Febrero del 1878

Como doble recuerdo de amistad,
carino y admiracion en las dias 6,
7 y 8 de este mes, a mi benicente Col.
D. Fidel S. de Santocildes su
afmo

J. Matias Lorente

V

**Datos biográficos del comandante D. Matías Llorente
y Miguel.**

Nació en Vadocandes, provincia de Burgos, el 24 de Febrero de 1833, siendo sus padres D. Matías y doña Lina.

En 1853 entró en el servicio como soldado de la Guardia civil, ascendiendo en el benemérito instituto á cabo primero y segundo por elección, y siendo licenciado por cumplido en 1859.

Al siguiente año vuelve al servicio como cabo primero reenganchado, ascendiendo á sargento segundo y primero, y pasando en 1868 al Ejército en clase de alférez de Infantería.

Ascendido á teniente por antigüedad en 1874, fué destinado al ejército del Norte, tomando parte en los combates de Somorrostro y San Pedro Abanto, en las operaciones para el levantamiento del sitio de Bilbao.

Asistió á la toma de Villarreal de Álava, á los combates librados en las inmediaciones de Estella á las órdenes del coronel de su regimiento (Castilla), D. Antonio Ziriza. El resto del año en operaciones, hasta que, ascendido á capitán por pase al ejército de Cuba, embarcó en Santander el 15 de Enero de 1875.

Durante todo el año 75 en operaciones en la zona del Cobre y de Guantánamo.

Perteneciendo ya al batallón Cazadores de San Quintín, se encontró durante el año 1876 en la acción de la Palmita y en la de Arroyo Toro, obteniendo por su bizarro comportamiento el grado de comandante.

El año 1877, en operaciones por la jurisdicción de Baracoa, tomando parte en el combate de Jobo, en la defensa de Baracoa, acción de Macaganigua, mereciendo por su arrojo otro grado de comandante. A las órdenes del coronel D. Andrés González Muñoz, tomó parte en las

acciones del Cacao, Cupe, Juncal, Loma del Calabazal; trasladado al campamento de Jarahuca, permaneció en él, haciendo frecuentes salidas y probando en todas ellas su arrojo.

Incorporado con su fuerza á la cabecera del batallón, Mayarí, toma parte en los gloriosos combates del 6, 7 y 8 de Febrero, mandando briosa y hábilmente la retaguardia. Ascendido á comandante, continuó con su batallón operando en las zonas de Mayarí y Baracoa.

Los años de 1879 y 80, de guarnición en varias capitales de la isla; el 13 de Noviembre salió de Sagua la Grande, con dos meses de licencia, por enfermo, para la isla de Pinos. Pero al pasar por la Habana iba ya tan enfermo que no pudo continuar su viaje, falleciendo en el hotel Unión el día 28 de Diciembre de 1880.

Las notas de concepto que aparecen en su historial, son:

Valor, acreditado.—Aplicación, tiene.—Capacidad, tiene.—Conducta, buena.—Salud, buena.—Estado, viudo.—Estatura, 1,700.

Su instrucción aparece como *buena* en todas las materias que abraza la quinta subdivisión.

Adornaban su pecho:

La Medalla de Bilbao.

La cruz roja de primera clase del Mérito Militar.

La cruz de San Fernando de primera clase.

Era benemérito de la Patria.

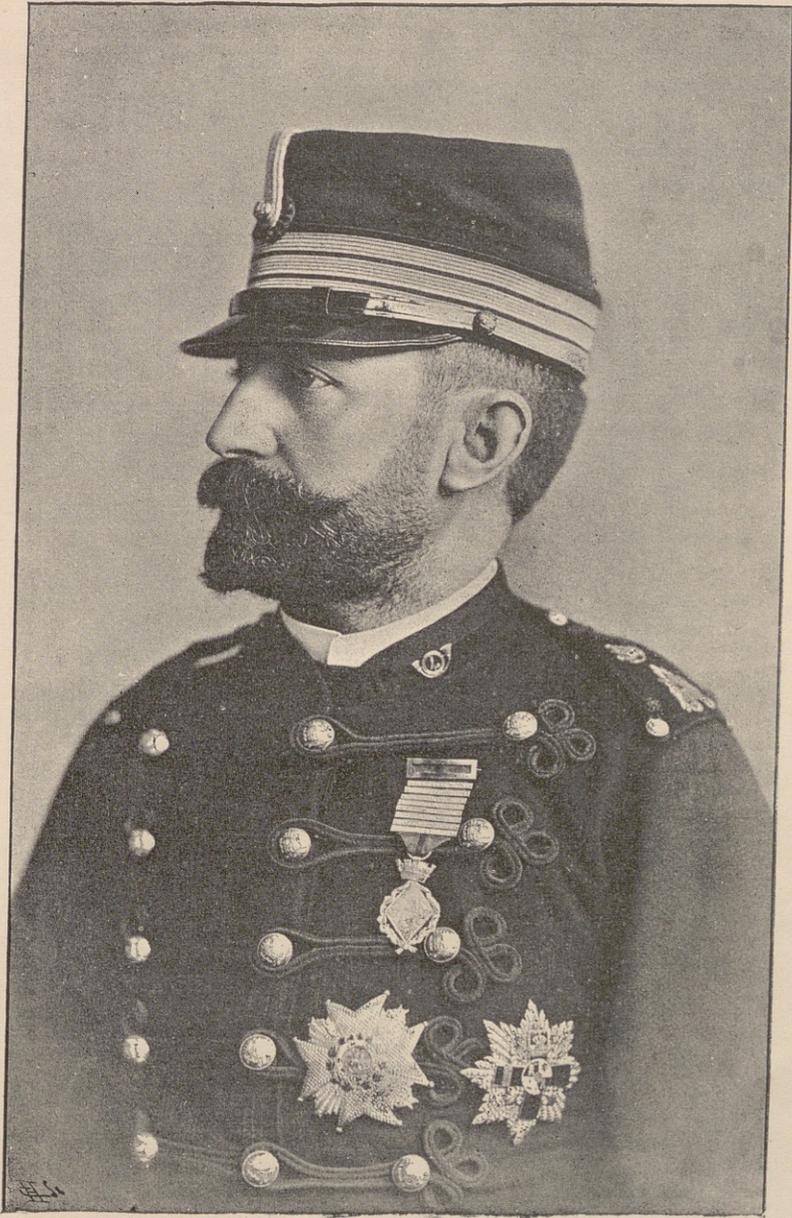
No estuvo sujeto á ningún procedimiento militar, y al morir contaba, con abonos, treinta y un años, ocho meses y diez días de servicios.

Desempeñó varias comisiones, por elección de sus jefes y compañeros, y sólo disfrutó dos licencias en su larga carrera militar: una en 1873 para su pueblo, y la que le fué concedida en Noviembre de 1880, disfrutando la cual le sobrevino la muerte en la Habana.

D. Fidel Alonso de Santocildes.

Hijo de antigua y gloriosa familia castellana fué el malogrado general, muerto en el combate de Peralejo.

Del inmortal Santocildes, aquel que en Astorga reverdeció por brillante modo la entereza española frente á las huestes napoleónicas, aguerridas y numerosas; del que, según frase del historiador de nues-



John A. Hancock

tra lucha por la independencia, (1) *tan alto renombre habian de proporcionar los viejos muros de Astorga*; del cruzado insigne de San Fernando; del hábil y brioso soldado de la Infantería española, venía el pundonoroso mártir que acaba de sucumbir en la manigua cubana.

Como el venturoso capitán de la épica guerra, fué el moderno Santocildes, bravo y constante en las lides por la soberanía y la gloria de su tierra; cubrióse el uno de fama frente á los Carrier, los Junot, los Lagrange y los Clausel; ganó el otro laureles sin cuento, más duros y más espinosos tal vez y desde luego más ingratos, en lucha rabiosa contra los chacales de la selva americana. Honrados ambos y ambos de historial inmaculado, hicieron honor á su tierra y supieron loar y brillantar su nombre. Y para que sus virtudes tuvieran complemento simpático, los dos fueron religiosos sin hipocresías y creyentes del Dios que alentó y fortificó á sus mayores, profesos sin duda de aquel otro gran principio de nuestro Romancero:

que el caballero cristiano
con las armas de la Iglesia
debe de guarnir su pecho
si quiere ganar las guerras.

En el riñón de Castilla, en Cubo, tierra burgalesa, nació D. Fidel Alonso de Santocildes, el día 24 de Abril de 1844. Ha muerto, pues, á los 51 años de edad.

Fueron sus padres D. Félix Alonso de Santocildes y doña Demetria Alonso de Santocildes y López.

En 7 de Enero de 1859 ingresó como cadete en el inolvidable Colegio de Infantería, de Toledo, en el que figuró con el número 1.667 (2) y del cual salió como alférez de Infantería en Julio de 1861, después de hacer sus prácticas en el regimiento de Toledo.

Destinado al batallón Cazadores de Antequera, de guarnición en su tierra, Burgos, con él marchó á América cuando los sucesos de Santo Domingo, regresando con el batallón á España en Enero del 66; aquí permaneció hasta Febrero de 1869, que su batallón pidió formar parte del ejército expedicionario de la isla de Cuba.

(1) General Arteché.

(2) Así aparece en el curioso libro de Cardero y Boussingaultt.

Con ligerísimas modificaciones vamos á transcribir los servicios, vicisitudes, guarniciones, campañas y combates en que se halló. Todo consta en la copia de la hoja de servicios, autorizada por el jefe del Detall del primer batallón del regimiento Infantería Isabel la Católica, D. José Baquero Martínez, y con el V.° B.° del teniente coronel del batallón, D. José Araoz.

Llegó con su batallón á Manzanillo el 29 de Marzo de 1869, y el 30 salía á conducir y defender el segundo convoy enviado á Bayamo, á donde llegaron el 2 de Abril después de un continuo fuego con los insurrectos. El 16 del propio mes se halló en el ataque y sorpresa del campamento «Los Negros», marchando después á Cauto el Cristo como centro, por cuya zona continuó operando.

En Julio de aquel mismo año se halló en la acción de Remangnaguas; en 2 de Agosto embarcó para operar por la costa, asistiendo á muchos encuentros, hasta su regreso á Manzanillo, Bayamo y Jiguani, donde permaneció todo el año.

El teniente Santocildes era de la compañía que mandaba el entonces capitán, hoy general de división, D. Tomás Bouza Cebreiro, operando con él en los primeros meses de 1870, por la jurisdicción de Baire, haciendo continuas salidas al otro lado del Contra maestre.

El 8 de Marzo, con parte de su compañía y voluntarios de Baire, á sus órdenes, atacó y tomó el campamento de «Cambute», teniendo otros encuentros los días 9 y 10. El 16 asistió á la toma del campamento en la «Loma del Silencio», á las órdenes de su capitán. El mes de Abril en el campamento de Cauto el Paso.

El 3 de Mayo marchó con su batallón á Loma Gallardo, formando después parte de las columnas protectoras de los convoyes de Bayamo á Jiguani; hostilizaba el enemigo desde la «Loma de la Bruja», de la que fué arrojado á la bayoneta, batiéndolo después en la loma de «Perucho Fonseca».

El 29 y 30 del propio mes, y á las órdenes del coronel de Estado Mayor D. Arsenio Martínez de Campos y Antón, asistió á los combates de «Perucho Fonseca», «Faldón» y «Las Cajitas», continuando en operaciones con el capitán Bouza, por Lomas de Güisa, encontrándose en la acción de «Piedra de Oro», y el 14 de Julio en «La Rinconada». Nombrado ayudante del batallón, marchó á Bayamo, donde ejerció las funciones de su nuevo destino, más las de mayor de plaza, juez

instructor de causas é instructor de voluntarios. El 19 de Agosto asistió á la sorpresa del «Macío», y todo el resto del año anduvo en refriegas por aquella zona, mereciendo por ello la cruz roja de primera clase del Mérito Militar.

Comienza el año 1871 haciendo salidas desde Bayamo; el 2 de Marzo asiste al encuentro de «La Estrada»; el 17 en «La Laguna de Jucuibama». Por Real orden de 8 de Mayo fué ascendido á capitán por sus relevantes servicios en el Departamento oriental. Mandando compañía operó con ella en las márgenes del Cauto y del Cautillo. A las órdenes del valerosísimo é infortunado teniente coronel Diéguez asistió á las acciones de «El Difunto» y «Brazo de la Miel».

Batió al enemigo en «Santa Rita»; sorprendió el campamento del «Caminito» y de «Sabana de las Tunas»; asistió á la acción de «La Rosa» y finalizó el año en operaciones de campaña á las órdenes de su teniente coronel, el veterano D. Lorenzo Maestre.

Todo el año 1872 lo pasó en la jurisdicción de Bayamo, operando sin cesar, siendo el hecho de armas más brillante el de «La Lima», el día 5 de Julio.

Trasladado al segundo batallón provisional, mereció el grado de comandante, continuando todo el primer semestre del 73 en la zona de Ramón de las Yaguas. En Septiembre batió al enemigo en «Arroyo Berraco». Trasladado á Santiago de Cuba para la construcción de las fortificaciones de la plaza, allí finalizó el año.

Comienza 1874 operando en el departamento oriental, hallándose en las acciones de «Sabana del Ciego» y «Montes del Pilón», jurisdicción de Victoria de Las Tunas, á las órdenes del heróico coronel Esponda. En «La Jaya», «Montes de la Seca», «Horgueta del Horno», «Víjaru» y «San Fernando»; más tarde, á las órdenes ya del teniente coronel D. Luis Prats, operó por la zona de Alto Songo, concurriendo á multitud de combates, entre otros, á los de «Manacal» y «Agí».

En 1875 fué trasladado su batallón á Cienfuegos, asistiendo con él á la acción del «Potrero de Vargas», donde le mataron á machetazos el caballo que montaba; á la del «Potrero Domínguez», toma del campamento «Limpio del Potrero del Sellón», combate de «Loma Mala» y otros. Mereció del Gobierno otra cruz roja del Mérito Militar. Continuó operando hasta su ascenso á comandante.

Destinado al batallón Cazadores de San Quintín en 11 de Mayo de

1876, se incorporó á él en Jamaica, campamento donde operaba. Con él tomó parte en los combates de «Cayo Rey», «Sabana San Juan», «San Felipe» y «Hato del Medio», á las órdenes del general D. Sabas Marín. Continuó operando por las jurisdicciones de Cuba, Guantánamo y Baracoa hasta finalizar el año.

El año 1877 prosiguió en operaciones, tomando parte brillante en la defensa de Baracoa y acción de «Macaguanigua»; en los encuentros de los «Cacaos», «Cupal», «Naranjal»; en el combate del «Paso del Sitio Viejo» y en la toma del campamento del «Negrito», todo á las órdenes del coronel D. Andrés González Muñoz. Destinado su batallón á la zona de Guantánamo, operó á las órdenes de su teniente coronel don Luis Valderrama y del brigadier D. Enrique Bargés Pombo, tomando parte en los encuentros de «Mayari Abajo», «Los Pilotos» y «Pueblo Nuevo», bajo la dirección del brigadier D. Camilo Polavieja, hallándose con éste en el encuentro tenido con la caballería enemiga en «Sabana San Juan» y otros varios. Marchó después á operar con su batallón en la zona de Remanganaguas, á las órdenes del coronel D. Pascual Sanz Pastor, teniendo encuentros con el enemigo en «Velaseca», «Casimba», «Jerónima», y por último, en «Potrero del Indio».

Operó después por las zonas de «Cauto Abajo» y «Sabana Miranda», hallándose en la acción de «Arroyo-Rico», en la de «Martincita» y la toma del campamento, y por último, en las trincheras de «Río Filé». Cerró el año con las operaciones de «Sabana Miranda», «Arroyo Seco», «Cobre» y «Sierra», pasando con el batallón á Mayari Abajo, incorporándose á la brigada que mandó el malogrado general D. José Galbis, y con la que asistió á las acciones de «Pinar Grande», «Río Piloto» y «Trocha de Maceo».

Las famosas operaciones de últimos de Enero y primeros de Febrero de 1878 quedan ya relatadas por extenso, como página gloriosísima de la sangrienta guerra.

Barrida de enemigos la zona de Mayari Abajo, el batallón de San Quintín, del cual era ya primer jefe Santocildes, fué destinado á otras zonas, operando continuamente hasta el término de la campaña, que embarcó para la Habana, en cuya capital hizo su entrada junto con otras tropas vencedoras, á las órdenes del general en jefe D. Arsenio Martínez de Campos, quedando de guarnición en el castillo de la Caña, donde finalizó el año.

Destinado en 1879 á Matanzas, operó persiguiendo bandoleros, marchando después á Santa Clara, desde donde salió con su batallón para Santiago de Cuba, en cuya provincia ardía nuevamente la guerra. Asistió á las operaciones combinadas del «Macío» y hechos de armas de «Boca Caoba», «Zanja» y «Güira», terminando el año en campaña.

El 1880 lo comienza también guerreando, pasando en Marzo á la provincia de las Villas, declaradas también en estado de guerra, operando por la jurisdicción de «San Juan de los Remedios» y el «Remate». Destinado á mandar Cazadores de Chiclana, de nuevo pasó á Santiago de Cuba, por cuyo accidentado suelo prosiguió las operaciones, contribuyendo con su batallón á las presentaciones de los cabecillas Guillermo Moncada, José Maceo y sus partidas, con lo que quedó pacificada la jurisdicción de Guantánamo á fines de Mayo. El 3 de Junio marchó con su batallón á la zona de Baracoa, donde coadyuvó á la presentación de las partidas que por allá vagaban con el cabecilla Limbano Sánchez. Pacificado el territorio, desempeñó varios cargos político-militares de importancia, rematando así el año 80.

De guarnición en Guantánamo casi todo el año 81, desempeñó servicios meritísimos en la vigilancia de costas, siendo baja en el ejército de Cuba por llevar más de nueve años de permanencia en la isla.

En Febrero del 82 fué destinado á mandar el primer batallón del regimiento Infantería de Aragón, de guarnición en Tortosa. A las órdenes de su coronel, el malogrado D. Álvaro Serrano Echauri, contribuyó á restablecer el orden alterado en Barcelona.

De guarnición en Cataluña el 83, hasta Agosto que salió á operar con la fuerza de su mando á la comarca de Seo de Urgel, contribuyó á sofocar el movimiento republicano.

El 1884 en igual situación, hasta su nombramiento de ayudante de campo del capitán general de Puerto Rico, D. Ramón Fajardo. Nombrado éste gobernador general de la isla de Cuba, pasó también á la gran Antilla Santocildes, desempeñando el cargo de ayudante de campo todo el año 85 y parte del 86, que obtuvo el mando de su querido batallón de San Quintín.

Los años 87, 88 y 89, mandando el batallón, hasta Noviembre que ascendió á coronel, pasando á mandar el regimiento de la Reina, de guarnición en Matanzas. Desempeñó después el mando del cuerpo de

Orden Público, y en 1891 fué nombrado comandante militar de Holguín, para donde salió con órdenes especiales del capitán general y á virtud de síntomas revolucionarios que se creían notar en Tunas, Manzanillo y Holguín. Nombrado después comandante militar de Manzanillo, desempeñó el puesto hasta Marzo del 92, que obtuvo el mando del regimiento Infantería Isabel la Católica, núm. 75, al frente del cual permaneció hasta su ascenso á general de brigada en Mayo del 95.

Adornaban su pecho:

Cruz blanca de primera clase del Mérito Militar.

Cruz roja de primera clase de ídem íd.

Medalla conmemorativa de sufrimiento y constancia de la campaña de Cuba.

Medalla de ídem con cinco pasadores.

*
* *

He aquí ahora algunos detalles de la gloriosa muerte de tan noble soldado.

Los entresacamos del folleto del capitán Gómez Núñez, *La acción de Peralejo*, trabajo notabilísimo que honra á su autor, pues aparte el homenaje que constituye á los héroes que pelearon en la tremenda jornada, es un modelo de sobria claridad y de relación elocuente y completa.

«La situación era terrible. Las emboscadas de los insurrectos fusilaban casi á boca de jarro á nuestros soldados... grupos de infantería y caballería enemiga atacaban constantemente á nuestras filas dando gritos desaforados, producidos por la embriaguez del triunfo. El general Martínez Campos, tranquilo y sereno, contemplaba sin chistar aquella escena, meditando la resolución más favorable. Su jefe de estado mayor, sus hijos, sus ayudantes, su médico, se unían á los bravos oficiales y jefes de las tropas en los momentos de mayor peligro. Largo tiempo hacía que la columna estaba en trance tan apurado, cuando una nueva desgracia vino á producirse. El general Santocildes, que animoso y heróico estaba siempre en el lugar de mayor peligro, había desoído las advertencias de su ayudante Méndez, á quien, al decirle que se pusiese en otro sitio, pues le estaban apuntando, contestó desdefiando el consejo. Pocos momentos después yacía inerte, atravesado



Rasul Lanza

por tres balazos: uno en el pecho, otro en el cuello y otro en la ceja derecha. Murió instantáneamente. Casi al mismo tiempo, caía allí cerca, muerto, su ayudante D. José Sotomayor, teniente de Infantería, joven animoso, hijo de distinguida familia de la Habana...

»Reconocido el general Santocildes por el doctor Semprun, se acercó á éste el general Martínez Campos, que estaba á pocos pasos.

—¿Es grave?—preguntó el general.

—¡Muerto!—contestó el médico.

»En Bayamo, en medio de la mayor solemnidad, se dió sepultura al cadáver del general Santocildes al día siguiente de la acción, ó sea el 14 de Julio, y al del joven ayudante Sotomayor, no sin haber sido expuestos en capilla ardiente en el casino español, donde se les hicieron las mayores demostraciones de duelo, cubriendo de flores y coronas los despojos de aquellos valientes. Los cuerpos de los heroicos soldados, tendidos al lado del general y del ayudante á la puerta del cementerio, recibieron el homenaje de las tropas de la guarnición, con el general Martínez Campos al frente, quien las hizo desfilar en columna de honor por delante de aquellos gloriosos restos.

»En cuanto al general Santocildes, militar de gloriosa historia, héroe en San Ulpiano y héroe al morir en Peralejo, ningún elogio es más elocuente que las demostraciones de respeto y de pésame que se le han tributado en la isla entera. ¡Su memoria vivirá eternamente!»

D. Pascual Sanz Pastor.

Con fecha 3 de Julio de 1880 escribía desde Madrid el malogrado general Sanz Pastor una carta, cariñosísima como todas, á su amigo de la infancia y compañero de penalidades, el brioso y también malogrado Santocildes. De la carta en cuestión tomamos el siguiente párrafo, cuyo interés salta á la vista:

«Días pasados, paseando por la Carrera de San Jerónimo, se me acercó el coronel Prast, á quien no conocía, manifestándome que el secretario que fué de Maceo, Lacré, y el titulado brigadier Freyre, que fué también uno de los que nos atacaron, deseaban conocerme; contesté que no tenía inconveniente, y como me esperaban á poca distancia, me volví y tuve lugar de conocerlos y de que me conocieran, quedando en que vendrían á visitarme. Hablando de nuestros hechos de armas, me dijeron que estando la segunda noche acampados en la loma

de Aguas de Naranjo, se aproximó Maceo hasta nuestros centinelas para ver si nos podía dar un ataque de noche; pero como quiera que al aproximarse le sintieron y le hicieron una descarga de la cual salió ileso por casualidad, desistió de su pretensión. Cuando vengan ya hablaremos detenidamente del caso; *creyeron que yo era un hombre muy alto y con muchos bigotes*, á lo que les contesté que, generalmente, tales hombres suelen salir muy flojos, etc.»

Los insurrectos que personalmente vieron la bravura tenaz de Sanz Pastor, querían medir por el alma del soldado su estatura y sus bigotes... ¡No comprendían una caja mediana, siquiera fuese recia y bien cendrada, para un corazón tan gigante!

D. Pascual Sanz Pastor nació en Zaznar, provincia de Burgos, el día 17 de Mayo de 1843. Ingresó de cadete en el Colegio de Infantería el 14 de Abril de 1860, teniendo el número 1997 de filiación. En 1.º de Julio de 1863 alcanzó el empleo de subteniente de Infantería, por promoción, y en 28 de Abril de 1864 el de teniente, por pase á la isla de Cuba.

El modo como, á partir de subalerno, alcanzó todos sus empleos, debe servir de ejemplo y estímulo á los militares ganosos de gloria.

Véase el hermosísimo cuadro:

1865.—Grado de capitán por mérito de guerra.

1870.—Capitán por ídem íd.

1871.—Grado de comandante por ídem íd.

1872.—Comandante por ídem íd.

1872.—Grado de teniente coronel por ídem íd.

1874.—Teniente coronel por ídem íd.

1874.—Grado de coronel por ídem íd.

1876.—Coronel por ídem íd.

1878.—Brigadier por ídem íd.

1890.—General de división por sus servicios y circunstancias.

A los dieciséis años de servicios y treinta y cinco de edad, alcanzaba los entorchados de brigadier, ganándose los empleos en guerra viva y con la punta de su espada, siempre valerosa y triunfante. Así mereció tan brillantísima carrera.

Los servicios y vicisitudes de su gloriosa carrera vamos á relatarlos al por menor.

El regimiento Infantería de Navarra fué el primero donde prestó sus servicios al salir del Colegio de Toledo el año 1863, dando la guarnición á Burgos y á Santoña.

Al desembarcar en Cuba en Junio de 1864, fué destinado al regimiento de la Reina, pasando á Puerto Príncipe, donde permaneció hasta su embarque para Santo Domingo, entrando desde luego en operaciones, asistiendo á la acción de «Arroyo Salado» y á la de «Jovo Dulce», y á los encuentros de «Santa Lucía» y otros puntos en la jurisdicción del Seivo.

Permaneció en campaña hasta su terminación, que regresó con su regimiento á la isla de Cuba, marchando á la guarnición de Puerto Príncipe, donde terminó el año 65 y estuvo los años 66 y 67.

Al iniciarse la insurrección de Yara, en 1868, salió con su batallón á operaciones de poca importancia.

En la columna mandada por el entonces coronel D. Zacarías González Goyeneche, comenzó á operar el año 69, escoltando convoyes á Santa Cruz del Sur, batiendo al enemigo en los montes de «Pedro López», en el ataque y paso del río «Jenasien»; en el mes de Marzo asistió al ataque y toma de las trincheras de «Monte Chueco», á la acción del «Puente Himias», y por último á la toma de las trincheras del Corojo.

Salió en Abril del mismo año nuevamente para Santa Cruz del Sur, hallándose el 14 en el encuentro de «Curajalla» y en el de «Cabeza de Negral». En el siguiente mes de Mayo, el día 3, asistió á la acción de «Alta Gracia»; formando parte de la vanguardia de la columna, contribuyó á tomar las lomas de «Bayatabo», donde el enemigo estaba parapetado, y en las que dejó, al huir, cinco cañones, varias armas portátiles y algunos caballos. El 14 salió para el campamento de Fresita, regresando á Puerto Príncipe, en las inmediaciones de cuya plaza estuvo de operaciones hasta Julio, que asistió á la defensa de la ciudad.

Con 100 hombres de su batallón y á las órdenes del capitán Meulera, sostuvo un encuentro con el enemigo en el sitio denominado «Puente Escondido».

Cierra el año combatiendo á los insurrectos en «Cieguecito» y acción de «Sendas».

El 1.º de Enero de 1870 emprendió con su columna la marcha á

Puerto Príncipe, encontrándose con el enemigo en las minas de «Juan Rodríguez», cuya posición fué tomada á viva fuerza bajo el nutrido fuego de artillería y fusilería que hacían los insurrectos. En esta acción recibió dos balazos: uno, con herida grave, en el tercio superior del pie derecho, y otro, con lesión de escasa importancia, en el pecho. El día 2 acampó la columna en el potrero de «Arroyo Hondo», permaneciendo en esta situación hasta el 16, que emprendió con su batallón la marcha al Bagá, trasladándose luego á Puerto Príncipe á curarse de sus heridas. Por su bizarrísimo proceder fué ascendido á capitán. En Octubre de aquel mismo año fué destinado al batallón Cazadores del Rayo, con el que operó hasta finalizar el año, distinguiéndose en el ataque y toma á viva fuerza de los «Montes Jagüer».

Iniciase el año 1871 para el capitán Sanz Pastor en operaciones de campaña, hallándose en varios encuentros, siendo los más principales: la sorpresa y toma del campamento del titulado ministro de Hacienda, D. Francisco Sánchez Bethancourt; el mismo día asistió á la toma de otro campamento, el de «Esquivel»; contribuyó á batir en Cauvillas al titulado cabecilla Miranda, tomando después el campamento de los «Pardos», donde tenía su centro Macario Huelgo; ocupó con su columna el centro donde residía el llamado coronel, jefe de estado mayor de los insurrectos, Valdés, cogiendo armas, municiones y la correspondencia. En 10 de Abril asistió al encuentro de «Santa Inés de Vista Hermosa». Tomó parte en los combates del «Palmar de los Placeres» y «Palma Hacienda», donde se dió muerte al titulado comandante general de Artillería, Boubiller.

Con cuarenta hombres montados salió en persecución del cabecilla Carrillo, hasta el mes de Agosto, que pasó á tomar las aguas de San Diego, y no encontrándose bien de salud, pidió y obtuvo el regreso á la Península, adonde llegó en Febrero de 1872.

Hallándose algo repuesto de su salud, salió destinado al ejército de operaciones del Norte, formando parte de la brigada de Primo de Rivera, asistiendo á la acción de las «Americas Bajas», á la de «Sierra de Santiago de Lorguín», y por el mérito que contrajo en la de «Zumbel», fué promovido al empleo de comandante. Destinado al ejército de operaciones de Cataluña, tomó parte en la acción de «Torrelló», prosiguiendo en operaciones hasta fin de Julio.

Destinado al regimiento de América, salió nuevamente á campaña

por la provincia de Gerona, inaugurando el año 1873 con el combató de «Santa Pau»; más tarde, en «Vich», en «La Garriga», en «Villadrau», «Mieras» y «Alpeus». Trasladado al regimiento de Luchana, al que se incorporó en San Sebastián, salió á operaciones en la columna del general Loma, asistiendo á los siguientes hechos de armas: «Montes de Oyarzum», «Selatu», «Montes de Hermúa», cercanías de «Tolosa», «Alegría», «Arteazum», «Oyarzum», «Velavieta», y terminando el año operando por las dos últimas zonas.

Prosiguió el año 74 en operaciones, encontrándose en los siguientes hechos de armas: «Alturas de Villabona», «Murrieta» y otras, mereciendo el empleo de teniente coronel por su brillante comportamiento en las acciones de «San Pedro Abanto», «Santa Lucía», «Muñecas» y «Monte-Montaño». Se halló después en el ataque y toma de «Abarzuz» y «Oteiza», terminando el año en operaciones en Navarra, hallándose en los combates sostenidos en el «Carrascal».

Continuó durante el mes de Enero del 75 las operaciones en Navarra, pasando á las órdenes del general D. Domingo Moriones, destino que desempeñó hasta Abril, que fué á mandar el batallón reserva número 25. Al frente de él, batió á la facción en «Viana», donde fué herido, pasando á Burgos á curarse y permaneciendo en tal situación hasta el mes de Diciembre, que nuevamente fué nombrado ayudante del general Moriones.

En 12 de Febrero del 76 fué destinado á mandar Cazadores de Estella, al frente del cual y del de Migueletes de la provincia de Guipúzcoa, se apoderó el 14 de Febrero de las posiciones que los carlistas ocupaban en «Monte Garate», las «Mechugas» é «Indamendi», en cuyas posiciones permaneció hasta el 15, que pasó á Zarauz; el 17 se acantonó en los caseríos de «Iraeta» y «Aizamarabal»; el 20 salió flanqueando por los montes de Andoain, donde continuó hasta el 1.º de Marzo, que pasó á Goizueta, el 2 á Tolosa, el 3 á Beasain, el 6 á Lazoano y el 7 á Zumárraga, permaneciendo hasta el 24, que pasó á Vergara y continuó hasta el 10 de Abril, que emprendió con su batallón la marcha al Valle del Baztán. Ascendido á coronel por su comportamiento en Garamendi, pidió y obtuvo el pase á la isla de Cuba, siendo destinado á las órdenes del general Martínez Campos, quien le confió el mando de una media brigada en Holguín. Salió á operaciones en Noviembre por San Juan de las Puercas, y en Diciembre por

San Lorenzo de los Moscones y el Diego, sosteniendo combates con los insurrectos en los montes de «Alcalá» y de «Bejam».

Como jefe de media brigada se encontró durante el año 77 en los hechos de armas que siguen: el 21 de Abril en «San Agustín», el 7 y 23 de Mayo en la toma del campamento de «Nacid», el 27 en el de los «Indios» y el 29 en «Pueblo Nuevo»; el 13 de Julio en el potrero «Los Indios», el 14 de Septiembre en el potrero «El Río»; el 25 y 26 de Diciembre protegió con su columna fuerza del batallón de Puerto Rico, asistiendo á los combates que tuvieron lugar en dichos días.

Después de la homérica retirada de San Ulpiano, en 1878, fué promovido al empleo de brigadier, regresando á la Península y quedando en situación de cuartel.

En Mayo del 79 fué destinado á mandar una brigada en el distrito de Valencia, hasta Agosto del propio año, que pasó al distrito de Castilla la Nueva á mandar la segunda brigada de Infantería, continuando en tal destino los años 80, 81 y 82.

En Agosto del 83 salió con su brigada hacia Badajoz, con motivo de los sucesos ocurridos en esta plaza. Nombrado gobernador militar de Logroño en Noviembre de este año, se incorporó á su destino, el cual desempeñó durante los años 84, 85, 86 y los meses del 87 hasta Agosto, que pasó á mandar una brigada en Burgos.

Continuó mandando brigada en Burgos y Madrid, hasta su ascenso á general de división en 29 de Abril de 1890, que obtuvo el mando de una división en el distrito de Vascongadas, puesto que desempeñó hasta Junio, que fué nombrado segundo cabo de la capitanía general de Burgos, en cuyo destino le sorprendió la muerte el 30 de Agosto de 1893.

Estaba en posesión de la cruz del Mérito Militar para premiar servicios especiales.

Cruz de primera clase, roja, del Mérito Militar.

Cruz de segunda clase, roja, del ídem íd.

Medalla de Bilbao.

Mención honorífica.

Cruz roja de segunda clase del Mérito Militar.

Encomienda de Carlos III.

Medalla de Cuba.

Cruz roja de tercera clase del Mérito Militar.

Medalla de la Guerra Civil.

Cruz de segunda clase de la Orden Militar de San Fernando, pensionada con 2.000 pesetas anuales.

Cruz de San Hermenegildo.

Placa de San Hermenegildo.

Gran cruz del Mérito Militar.

Gran cruz de San Hermenegildo.

Era benemérito de la Patria.

*
* *

Ilustremos ahora, con datos preciosos y originales, cuanto tiene relación con los tres días gloriosísimos y con los hombres que los mantuvieron gallardamente.

Gracias al plausible celo del malogrado Santocildes, tenemos gran caudal de noticias, todas ellas autorizadas por las firmas de jefes y oficiales. El noble soldado de la Infantería tuvo buen cuidado en allegar y coleccionar cuantos elementos podían ilustrar aquellas jornadas de agonía y de muerte. Si todos los jefes de fuerzas tuvieran la propia curiosidad, la historia de nuestras guerras contaría con poderosos elementos para su más cabal estudio y análisis.

Por otra parte, registrando nombres y compulsando datos, pueden y deben rendirse homenajes de respeto y de admiración á muchos héroes que sucumben, comunmente, sin que de sus hechos queden huellas ni aun noticias.

Acaso pueda creerse demasiado minuciosa en nombres y datos esta monografía. Mas, cabalmente, nuestro prurito consiste en rendir el tributo de admiración á los que sucumbieron por la Patria. Y para ello hay que decir los nombres y demás antecedentes de cuantos podamos, desde el soldado al caudillo.

*
* *

CUADRO DE HONOR

BATALLÓN CAZADORES DE SAN QUINTÍN NÚM. 11

Relación nominal de los individuos del mismo, muertos en los hechos de armas que tuvieron lugar en los días 6, 7 y 8 de Febrero de este año.

COMPAÑAS	CLASES	NOMBRES	NATURALEZA		HIJOS DE
			PUEBLO	PROVINCIA	
1. ^a	Cabo 2. ^o	Agustín Albacete Latorre.....	Llejelo.	Soria.	Juan y María. José y Teresa.
	Soldado.	Jaime Valdivia Payés.	Tivisa.	Tarragona.	
	Idem.	Juan Borrás Climé.....			
3. ^a	Idem.	Angel Gómez Ferro.	Villalba.	Logroño.	Timoteo y Catalina. Nicolás y Catalina. Bonifacia.
	Idem.	Manuel Fernández Matilla.....	Aberames.	Zamora.	
	Idem.	Emilio Tajueco Pablos.....	Bayubas de Arriba.	Soria.	
4. ^a	Idem.	Fernando Saavedra Varela.....	Mourelas.	Lugo.	Antonio y Dominga. Antonio y Bernarda. Antonio y Antonia.
	Idem.	Manuel Prieto López.....	Cuesta.	Idem.	
	Sargento 1. ^o	Francisco Fernández Navarro.....	Ciudad-Real.	Ciudad-Real.	
5. ^a	Cabo 2. ^o	José Pagés Roch.	Sabadell.	Barcelona.	José y Petronila.
	Soldado.	Santiago Llorens Llanco.....			
	Idem.	José García Incógnito.....	Pomos.	Lugo.	Manuela. María.
	Idem.	Benito Alonso Incógnito.....	Cemadoria.	Coruña.	
	Idem.	Saturnino Corral Martínez.....	Aes.	Santander.	José y Úrsula.
	Idem.	Joaquín de Tena Tapia.....	Monterrieba.	Badajoz.	Lucas y María.
	Idem.	Pedro Calvo Tormes.....	Castañares.	Logroño.	Benito y Bernarda.
Idem.	Isidro Prieto Alonso.....	Peque.	Zamora.	Vicente y Jacoba.	
6. ^a	Sargento 2. ^o	Cipriano Escudero Rodríguez....	Villadiego.	Burgos.	Felipe y Anselma.
	Cabo 1. ^o	Fernando Rodríguez Ferreira.....			
	Soldado.	Mateo Izquierdo Melero.....	Rabano.	Valladolid.	Francisco y Andrea. José y Dominga. Antonio y Dolores.
Idem.	Francisco Prieto Gutiérrez.....	Millas.	Zamora.		
Idem.	Luis Pérez Gallego.	Churriana.	Málaga.		
8. ^a	Idem.	Casimiro Pérez Hernández.....	Villasidra.	Burgos.	Julián y Petra.

Habana 25 Agosto 1878.

Santocildes.

BATALLÓN CAZADORES DE SAN QUINTÍN NÚM. 11

Relación nominal de los señores oficiales, clases y soldados que fueron heridos
en los días 6, 7 y 8 de Febrero.

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Capitán.	D. Joaquín Bueno Fuster (ayudante del coronel).....	Grave.
Teniente.	D. Rafael Alonso Brañuelos.	Idem.
Idem.	D. Manuel del Molino.....	Muy grave.
Alférez.	D. José Zurdo Fuentes.....	Grave.
Sargento.	Eugenio Miguel Seisdedos.....	Idem.
Idem.	Antonio Godia Visa.....	Idem.
Idem.	Miguel Alcouza Escudero.	Leve.
Idem.	Manuel Vizcaino Rodríguez.	Idem.
Idem.	José Osetí Poveda.	Idem.
Idem.	Antonio Carrillo Molina.	Idem.
Idem.	Antonio Rodríguez Ortiz.	Grave.
Idem.	Manuel del Valle Campazas.	Leve.
Cabo.	Francisco Garriga Butí.....	Idem.
Idem.	Cirilo Gómez Fernández.....	Grave.
Idem.	Benigno Santa María Arrieta.	Muy grave.
Idem.	Eduardo Domínguez Montoto.....	Leve.
Idem.	Faustino Gallego Abad.....	Grave.
Idem.	Julián Pérez y Rodríguez.....	Leve.
Idem.	Justo Fernández Tamayo.....	Idem.
Idem.	Francisco Estella Pinis.....	Idem.
Idem.	Esteban Ruiz Cervilla.....	Idem.
Corneta.	José González Buentiempo.....	Grave.
Soldado.	Mariano Martínez Outín.....	Idem.
Idem.	Manuel Fernández Vila.....	Leve.
Idem.	Antonio Jácome Díaz.....	Grave.
Idem.	Eusebio Balado Orgales.....	Leve.
Idem.	José Ríos Rosas.....	Muy grave.
Idem.	Juan Torres Escandells.....	Leve.
Idem.	Saturnino Merlo Visa.....	Muy grave.
Idem.	Esteban García Rodríguez.....	Leve.
Idem.	Agapito Tejada Espinosa.....	Muy grave.
Idem.	Francisco Pascual Aparicio.....	Leve.
Idem.	Manuel Aliaga Albarracín.....	Muy grave.
Idem.	Agustín Fernández Regueiros.	Grave.
Idem.	Domingo López Bregua.....	Leve.

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Soldado.	Andrés Solas Misonos.....	Grave.
Idem.	Cándido Seco Barragán.....	Idem.
Idem.	Vicente Fuentes Donal.....	Leve.
Idem.	Sinfioriano Delgado Alegre.....	Grave.
Idem.	Luis Rodríguez Anido.....	Idem.
Idem.	Pedro Macián Macián.....	Idem.
Idem.	David Costo González.....	Leve.
Idem.	Tomás Roselló Fernández.....	Muy grave.
Idem.	José Caudales Tejeiro.....	Idem.
Idem.	Joaquín Fernández Latorre.....	Leve.
Idem.	León San Benito Expósito.....	Grave.
Idem.	Francisco González Colomine.....	Leve.
Idem.	Camilo Briján García.....	Grave.
Idem.	Juan Alcors García.....	Idem.
Idem.	José García Chislaque.....	Idem.
Idem.	Vicente Soriano Viana.....	Idem.
Idem.	Inocencio Sáinz Romo.....	Idem.
Idem.	Pedro Alcayde Rosal.....	Idem.
Idem.	Jacobo Soto Méndez.....	Muy grave.
Idem.	Juan Cos Carlos.....	Grave.
Idem.	Pedro Arias García.....	Idem.
Idem.	José Manzanares García.....	Muy grave.
Idem.	Nicolás Vázquez Limio.....	Grave.
Idem.	José Miguel Dosticos.....	Idem.
Idem.	Julio Duany Losa.....	Idem.
Idem.	Eustaquio Oteliz.....	Leve.
Idem.	Emeterio Arsumendi.....	Idem.
Idem.	Pascual Cantó Aracil.....	Idem.
Idem.	Eustaquio Simón Juárez.....	Idem.
Idem.	Juan Donaire Pérez.....	Idem.
Idem.	Isidro Nogués Grau.....	Idem.
Idem.	Manuel Carreño Izquierdo.....	Idem.
Idem.	José Requeiro López.....	Idem.
Idem.	Balbino Ramos Tercero.....	Grave.
Idem.	Juan Bautista Ribiza.....	Leve.

Hubo además varios libertos heridos, y el práctico Canuto Soria, que debieron matarle, ó cuando menos, herirle gravemente.

*
* *

Daremos las relaciones, por compañías, de cuantos tomaron parte en los heroicos combates. Todas ellas están suscritas por el jefe de la columna, coronel Sanz Pastor, y por el respectivo comandante de compañía, en el campamento de Floridablanca, á 11 de Febrero de 1878, esto es, tres días después de terminar la retirada.

La plana mayor del batallón de San Quintín estaba constituida por el comandante, D. Fidel Alonso de Santocildes, y por el médico primero de Sanidad Militar, D. Federico Orellana y Zambrana.

COMANDANCIA GENERAL DE CUBA

2.^a BRIGADA.-2.^a MEDIA BRIGADA

Relación de los señores jefes, oficiales, tropa y prácticos que asistieron á los hechos del 6, 7 y 8 de Febrero de 1878, además del batallón Cazadores de San Quintín.

CUERPOS	Grados.	Clases.	NOMBRES	OBSERVACIONES
Comisión activa.	T. C.	Coronel.	D. Pascual Sanz Pastor...	Jefe de columna.
Idem.		Capitán.	D. Joaquín Bueso Fuster.	Ayudante.
Cazadores de Holguín.		Soldado.	Mauricio Casado.....	Asistente del coronel.
Idem.		Idem.	Mariano Ramón.....	Idem del ayudante.

PRÁCTICOS DE SAN QUINTÍN

De primera clase, Canuto Soria.

De segunda ídem., N. Martínez.

Guerrillero de Mayarí, N. Randicho.

Prisionero hecho el día 31 del anterior por el comandante Santocildes, Manuel Justo Ferrera (a) Baracoa, titulado capitán del ejército libertador (¿ ?).

Campamento Floridablanca 11 Febrero 1878

El comandante,
Santocildes.

Batallón Cazadores de San Quintín núm. 11.

RELACION NOMINAL DE LOS JEFES, OFICIALES Y SOLDADOS QUE TOMARON PARTE
EN LOS COMBATES DE NARANJO Y SAN ULPIANO

1.ª COMPAÑÍA

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Sargento.	Manuel Vizcaíno Rodríguez.....	Herido.
Idem.	Antonio Godia Visa.....	Idem.
Cabo.	Sandalio Ubalde Amo.....	»
Idem.	Agustín Albacete Latorre.....	Muerto.
Corneta.	José González Buentiempo.....	Herido.
Soldado.	Fernando Boto Flórenz.....	»
Idem.	Antonio Planas Marpual.....	»
Idem.	José Postigo Jiménez.....	»
Idem.	León San Benito Expósito.....	Herido.
Idem.	Manuel Rodríguez Alonso.....	»
Idem.	Isidro Nogués Graú.....	Herido.
Idem.	Ramón García Merelo.....	»
Idem.	Jaime Valdivia Payés.....	Muerto.
Idem.	Juan Torres Escandells.....	Herido.
Idem.	Manuel Carreño Izquierdo.....	Idem.
Idem.	José Regueiro López.....	Idem.
Idem.	Cándido Pascual García.....	Idem.
Idem.	Juan Alcón García.....	Idem.
Idem.	Camilo Gómez Rodríguez.....	»
Idem.	Nicolás Vázquez Limio.....	Herido.
Idem.	Inocente Sáinz Romo.....	Idem.
Idem.	Luis Rodríguez Anido.....	Idem.
Idem.	Manuel Fernández Vila.....	»
Idem.	Manuel Rodríguez Fernández.....	»
Idem.	Manuel Largo Corrales.....	»
Idem.	Esteban García Rodríguez.....	»
Idem.	Anastasio López Requejo.....	»
Idem.	Mariano Rodríguez Celestino.....	»
Idem.	Justo Cuba González.....	»
Idem.	Antonio González Fernández.....	»
Idem.	Eusebio Balado Orgales.....	»
Idem.	Eugenio Iglesias Junio.....	»

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º—El coronel jefe de la columna,

Sanz.

El teniente comandante,

Antonio Cortés.

3.ª COMPAÑÍA

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Capitán.	D. Matías Llorente Miguel.	»
Teniente.	D. Antonio Cortés.	»
Sargento 2.º	José Osetí Poveda.	Herido.
Idem.	Antonio Carrillo Molina.	Idem.
Idem.	Antonio Rodríguez Ortiz.	Idem.
Idem.	Agustín Rosas Mijares.	»
Idem.	Justo Fernández Tamayo.	Herido.
Cabo.	Esteban Ruiz Cervilla.	Idem.
Idem.	Faustino Gallego Abad.	Idem.
Idem.	Francisco Estella Pinis.	Idem.
Soldado.	Tomás Roselló Fernández.	Idem.
Idem.	Genero Mompardet Marco.	»
Idem.	Domingo Martín Blanco.	»
Idem.	Juan Borrás Cliné.	Muerto.
Idem.	Eusebio Tajueco Pablo.	Desaparecido.
Idem.	José Pardo Díaz.	»
Idem.	Cosme Sexto Gil.	»
Idem.	Camilo Briján García.	Herido.
Idem.	José Piñeiro López.	»
Idem.	Jacobo Souto Méndez.	Herido.
Idem.	Agustín Fernández Regueiro.	Idem.
Idem.	José Ríos Rosas.	Idem.
Idem.	Mariano Fernández Campollo.	»
Idem.	Eusebio González Leonio.	»
Idem.	Ramón Martín Salinas.	»
Idem.	Manuel Fernández Matilla.	Muerto.
Idem.	Mauricio Lejarraga Cisneros.	»
Idem.	Bernardino Madurga Jiménez.	»
Idem.	Ángel Gómez Serra.	Muerto.

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º—El coronel jefe de la columna,
Sanz.

El comandante capitán,
Matías Llorente.

4.ª COMPAÑÍA

Teniente.	D. Juan Amoedo Bondet.	»
Idem.	D. Andrés Alonso Brañuelos.	Herido.
Alférez.	D. Manuel Callejas García.	»
Sargento.	Eugenio Miguel Seisdedos.	Herido.
Idem.	Manuel del Valle Campazas.	Idem.
Cabo.	Benigno Santa María Arrieta.	Idem.
Idem.	Cirilo Gómez Fernández.	Idem.
Corneta.	Cayetano Fernández Hervás.	»
Soldado.	Juan Cos Carlos.	Herido.

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Soldado.	José Corral Núñez.....	»
Idem.	Francisco González Colomina.....	Herido.
Idem.	José Manzanares García.....	Idem.
Idem.	Balbino Ramos Herrero.....	Idem.
Idem.	Fernando Saavedra Varela.....	Muerto.
Idem.	Pedro Alcayde Rosal.....	Herido.
Idem.	Pedro Arcas García.....	Idem.
Idem.	Manuel Prieto López.....	Muerto.
Idem.	Manuel Blanco Varela.....	»
Idem.	Pedro Macián.....	Herido.
Idem.	Nicomedes Brongo de Miquel.....	»
Idem.	Juan Donaire Pérez.....	Herido.
Idem.	Segundo Selix Huertas.....	»
Idem.	Lorenzo Perea Castellanos.....	»
Idem.	Juan Muñoz Zambrano.....	»

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º.—El coronel jefe de la columna,

El capitán teniente comandante,

Sanz.

Juan Amoedo.

5.ª COMPAÑÍA

Alférez.	D. Antonio Mayorga Basso.....	»
Sargento.	Francisco Fernández Navarro.....	Muerto.
Cabo.	Francisco Recuero Melguizo.....	»
Idem.	Eduardo Domínguez Montoto.....	Herido.
Idem.	José Pagés Roch.....	Muerto.
Idem.	Antonio Paredes Lozano.....	»
Idem.	Santiago Baldomir Pérez.....	»
Soldado.	Antonio Mayoral Piera.....	»
Idem.	Manuel Martínez Alcón.....	»
Idem.	Domingo Iglesias Rey.....	»
Idem.	Manuel Aliaga Albarracín.....	Herido.
Idem.	Joaquín Fernández Latorre.....	Idem.
Idem.	José García Chirlaque.....	Idem.
Idem.	Francisco Pascual Aparicio.....	Idem.
Idem.	Salvador Martín Sanz.....	»
Idem.	Valentín Manso Llorente.....	»
Idem.	David Corto González.....	Herido.
Idem.	Pedro Fernández Pérez.....	»
Idem.	Santiago Llorens Llanco.....	Muerto.
Idem.	Francisco Pérez Alba.....	»
Idem.	Manuel Martín Gonzalo.....	»
Idem.	Rafael Cous Morell.....	»
Idem.	José García Incógnito.....	Muerto.
Idem.	Ramón de Beu López.....	»
Idem.	Cándido Seco Barragán.....	Herido.
Idem.	Alberto Pérez Sierra.....	»
Idem.	Benito Alonso Incógnito.....	Muerto.
Idem.	Ramón Ascarete Saraceta.....	»

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Soldado.	Saturnino Merler Vera.....	Herido.
Idem.	Sinforiano Delgado Alegre.....	Idem.
Idem.	Antonio Jácome Díaz.....	Idem.
Idem.	Restituto Oliva Fernando.....	»
Idem.	Tomás Senderos Barona.....	»
Idem.	Andrés Solar Misiones.....	Herido.
Idem.	Pedro Calvo Tormes.....	Desaparecido.
Idem.	Ricardo Rives Lama.....	»
Idem.	Victoriano Escalante Capellán.....	»
Idem.	Saturnino Corral Martínez.....	Muerto.
Idem.	Vicente Fuentes Donal.....	Herido.
Idem.	Isidro Prieto Alonso.....	Desaparecido.
Idem.	Valentín Señas Cuesta.....	»
Idem.	Joaquín de Tena Tapia.....	Muerto.
Idem.	Lucas Rodríguez Carrasco.....	»
Idem.	Raimundo Colina Obregón.....	»

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º—El coronel jefe de la columna,

Sanz.

El alférez comandante,

Antonio Mayorga.

6.ª COMPAÑÍA

Teniente.	D. Manuel del Molino.....	Herido.
Alférez.	D. José Zurdo Fuentes.....	Idem.
Sargento.	Vicente Viillanueva Pérez.....	»
Idem.	Cipriano Escudero Rodríguez.....	Muerto.
Cabo.	Fernando Rodríguez Ferreira.....	Idem.
Idem.	Julián Pérez y Rodríguez.....	Herido.
Idem.	Francisco Garrigó Butí.....	Idem.
Idem.	Antonio Alvarez Felipe.....	»
Idem.	Facundo Alonso Gutiérrez.....	»
Corneta.	Antonio Cardona Palomar.....	»
Idem.	Juan Bou Valls.....	»
Soldado.	Mateo Izquierdo Melero.....	Muerto.
Idem.	Francisco Clemente Rodero.....	»
Idem.	Tomás Díaz Albargo.....	»
Idem.	Francisco Ortiz Cifuentes.....	»
Idem.	Bartolomé Barcala Salamanca.....	»
Idem.	José Caudales Tejeiro.....	Herido.
Idem.	Miguel Cecilia Fernández.....	»
Idem.	Pascual Cantó Aracil.....	Herido.
Idem.	Joaquín Botella Andrés.....	»
Idem.	Justo Retana Landa.....	»
Idem.	Emeterio Arsumendi Arrechavaleta.....	Herido.
Idem.	Isidro Jamalí Casas.....	»
Idem.	Francisco Prieto Gutiérrez.....	Muerto.
Idem.	Lázaro Mortara Alvarez.....	»
Idem.	Manuel Vara Zuzo.....	»

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Soldado.	Andrés Fernández Martínez.	»
Idem.	Ramón Alvarez Román.....	»
Idem.	Francisco Taberón Abad.	»
Idem.	Agustín Díaz Castro.	»
Idem.	Fernando Tabiró López.	»
Idem.	Serafín Pérez Alvarez.....	»
Idem.	José Arias López.	»
Idem.	Juan Losada Salgado.	»

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º—El coronel jefe de la columna,

Sanz.

El alférez comandante,

José Zurdo.

8.ª COMPAÑÍA

Teniente.	D. Balbino Ferreiro Rizón.	»
Sargento.	Miguel Alcoriza Escuder.	Herido.
Cabo.	Jenaro Bonilla Pérez.....	»
Idem.	Casimiro Fernández Espinosa.	»
Corneta.	Eustaquio Simón Juares.	»
Soldado.	Tomás Rodríguez Barrios.	»
Idem.	José López Gallego.	»
Idem.	Mariano Martínez Ortiz.....	Herido.
Idem.	José Ferreiro Díaz.	»
Idem.	Domingo López Bregua.....	Herido
Idem.	Francisco Martínez Marín.....	»
Idem.	Felipe Orugo Partir.....	»
Idem.	Eusebio Casatejada Mayoral.....	»
Idem.	Rogelio Mesa Ruiz.	»
Idem.	Vicente Soriano Viana.....	Herido.
Idem.	Peregrino Villar Lucio.....	»
Idem.	Anselmo Díez Díez.	»
Idem.	Eladio Marrupe Galán.	»
Idem.	Manuel Rosado Reyes.	»
Idem.	Antonio Gisbert Granés.....	»
Idem.	Agapito Tejada Espinosa.....	Herido.
Idem.	José Sargue Valcárcel.....	»
Idem.	Ignacio Arejusa Lauroba.....	»
Idem.	Luis Pérez Gallego.....	Muerto.
Idem.	Esteban Gutiérrez Sáez.....	»
Idem.	Casimiro Pérez Hernández.....	Muerto.

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º—El coronel jefe de la columna,

Sanz.

El teniente comandante,

Balbino Ferreiro.

COMPañA DE LIBERTOS

CLASES	NOMBRES	OBSERVACIONES
Sargento 1.º	Benito Rubio Rubio.....	»
Liberto.	Julio Montalvo.....	»
Idem.	Domingo García.....	»
Idem.	Simeón Argudín.....	»
Idem.	Rafael Vargas.....	»
Idem.	Diego Sarriá.....	»
Idem.	Eustaquio Oteliz.....	Herido.
Idem.	Justo Alberich Masó.....	»
Idem.	Filomeno Tersis.....	»
Idem.	Antonio Tomás.....	»
Idem.	Tranquilino Moré.....	»
Idem.	José López.....	»
Idem.	Candelario Reneterros.....	»
Inem.	José de la Cruz.....	»
Idem.	Feliciano Rivero.....	»
Idem.	Juan Bautista Ató.....	Herido.
Idem.	Julio Duanis.....	Idem.
Idem.	Miguel Dosticos.....	Idem.
Idem.	Victor Comes.....	Desaparecido.
Idem.	Julián Besanes.....	Idem.

Campamento Floridablanca, 11 Febrero 1878.

V.º B.º.—El coronel jefe de la columna,

Sanz.

El sargento 1.º,

Benito Rubio.

*
* *

Como nota final allá van esos fragmentos de la última carta que tuve el gusto de recibir del malogrado Santocildes.

Fíjense en ella nuestros lectores. Aparte la nobleza y bizarría de su temperamento, hay en ella rastros y alusiones de hechos que marcan responsabilidades evidentes para el día en que se liquiden las cuentas de la actual guerra de Cuba, cuyo origen, desarrollo é intensidad era conocido aun antes de estallar en Baire.

Véase la carta:

«Cauto el Embarcadero, 9 Mayo 1895.

Sr. D...

Mi querido y buen amigo: ¿Qué dirá usted de mí y de mi silencio? ¿Qué de mi formalidad y justa correspondencia? Aún tengo aquí sus

gratas del 8 de Enero y 6 de Febrero, *sin contestar*, pero... contestadas mil y mil veces con el pensamiento y el deseo.

Perdóneme, amigo mío; no he podido escribirle porque no ceso de operar: soy el movimiento continuo. Así y todo, parece que *aún* no tengo ni hago méritos para ser general (1).

.....

Mas, dejemos esto, no sin permitirme decirle también que el general Martínez Campos me recibió muy bien; que me citó como coronel modelo; que ha dicho á todo este ejército que me imite, etc., porque si ya no existe el batallón de San Quintín, aquí está su antiguo jefe haciendo otro San Quintín con su regimiento de Isabel la Católica, etcétera, etc. También me dijo ascendería y me quedaría aquí mandando la brigada de Manzanillo. Y que no se ha olvidado de mí lo prueba el que me ha nombrado ya jefe *interino* de ella.

.....

En cuanto llegue á Manzanillo le voy á mandar copia del parte que dí de la acción de Guanábano, á las puertas mismas de Bayamo, cuya población presenció la lucha desde las azoteas y balcones. Por ella he pedido la cruz de San Fernando de primera clase, pues aun cuando en mí no hacen mella estas cosas, me han inducido á ello los jefes y oficiales que tomaron parte en el suceso.

.....

¿Quién tenía razón, los que decían que vivíamos en el mejor de los mundos, ó los que, como yo, sabíamos y decíamos cuanto ha pasado? Lea mis cartas de Diciembre, esas que en unión de las de Gómez Núñez me dice en la suya del 6 que ha enseñado al ministro de...

Créame; á mí y á todo el Ejército no nos ha cogido nada de sorpresa, y así lo decía yo *á voz en grito*, y así lo escribía á Madrid y me llamaban *visionario*.

Escribo hoy también á otros buenos amigos de esa que conocen bien este país: Pepe Sánchez Gómez y Vicente Martitegui.

Un abrazo á los amigos, y usted, como siempre, no dude de lo que le quiere *este viejo coronel con valor se les upone*, que es su amigo, FIDEL A. DE SANTOCILDES.»

(1) Por esta fecha ya estaba ascendido el malogrado Santocildes, pero no tenía conocimiento de ello.

*
* *

Como tributo á la memoria de los valerosos soldados que sucumbieron en las memorables jornadas, la REVISTA TÉCNICA DE INFANTERÍA Y CABALLERÍA envía duplicado ejemplar de esta monografía á los Ayuntamientos de los pueblos donde nacieron aquellos héroes. Uno de los ejemplares se destina al archivo del Municipio y el otro ruega el autor á los respectivos alcaldes lo entreguen á los parientes más cercanos del difunto.

Todos los beneméritos campeones de la causa española que perteneciendo en aquella época al batallón de San Quintín núm. 11, tomaron parte en las jornadas de Naranjo y San Ulpiano, pueden pedir un ejemplar á las oficinas de nuestra REVISTA, *Princesa, 14, segundo*, y se les remitirá gratis y franco de porte.



